

EL PLAN HATUEY

El plan Hatuey
de Pablo Gato

COLECCIÓN PERSPECTIVAS

Primera edición: enero 2006

Portada: ilustración de Alber Vázquez

Copyright © 2006 by Pablo Gato
Copyright © 2006 by Editorial Verbigracia, S.L.
www.verbigracia.com · editorial@verbigracia.com
Apartado de Correos 549 · 48080 Bilbao - España

Reservados todos los derechos

ISBN: 84-934025-8-3
Depósito Legal: NA-2716-2005

Impreso por Gráficas Cems, S.L. Villatuerta, Navarra

PRINTED IN SPAIN

EL PLAN HATUEY

PABLO GATO

EDITORIAL VERBIGRACIA

*A Mercedes, el alma de esta novela
y un ángel en mi camino.*

*A María y Miguel, mis hermanos. Y a toda mi familia.
A pesar de la distancia, unas llamas que nunca se apagan.*

*A mi madre. Partió demasiado pronto, pero su presencia
sigue acariciando cada día nuestros corazones.*

El cacique Hatuey llegó a Cuba procedente de la Española huyendo a la conquista. Al desembarcar Velázquez con sus fuerzas en la región de Baracoa, Hatuey, que había reunido unos 200 hombres, comenzó a hostigarlos.

Apresado finalmente, fue juzgado y, culpable de rebelión, se le condenó a la hoguera.

Luego, durante 10 años y a pesar de la abismal diferencia de armamentos, el cacique Guamá mantuvo en jaque a los conquistadores.

PLACA SITUADA EN UNA DE LAS SALAS DEL MUSEO DE LA HISTORIA DE LA FUERZA AÉREA REVOLUCIONARIA DE CUBA, LA FAR, EN LA HABANA, CUBA

No estábamos preparados. No entendimos la magnitud de la tragedia que se estuvo preparando frente a nosotros durante un período considerable de tiempo. Este fue, sobre todo, un fallo de imaginación. Nuestros servicios de inteligencia nunca pensaron que algo así podría ocurrir.

THOMAS KEAN, PRESIDENTE DE LA COMISIÓN DEL 911, QUE INVESTIGÓ LOS ATAQUES TERRORISTAS DEL ONCE DE SEPTIEMBRE

1. LOS TRES MOTIVOS DE UN ESPÍA

COMO CADA MAÑANA, el disciplinado Gerardo Rivera manejaba su furgoneta hacia su trabajo en el Pentágono. Sus movimientos eran exactamente los mismos desde hacía tres años, siete meses y cinco días. Gerardo había asumido una rutina casi marcial y tenía pautados a la perfección todos los pasos de su jornada laboral. No había sorpresas ni improvisaciones. La repetición invariable y sistemática de esa rutina hacía que cada día fuera una copia idéntica al anterior. Sin embargo, esa monotonía estaba muy lejos de molestarle. Al contrario. Este puertorriqueño de Humacao tenía una gran motivación para realizar perfectamente la tarea que se le había encomendado: pasar desapercibido, obtener el máximo de datos sobre el funcionamiento de la logística diaria del Pentágono y, lo más importante, reclutar espías en el Departamento de Defensa para la causa de la revolución cubana. ¿Qué le motivaba? Su odio visceral al gobierno de los Estados Unidos y su ferviente deseo de provocarle el mayor daño posible. Gerardo Rivera era el primer tipo de espía, el espía ideológico. Alguien que actúa por creer en una causa determinada. Sin intereses ulteriores. Porque así se lo dictan su corazón y su conciencia.

A Gerardo le gustaba la forma de ser de los habitantes de Estados Unidos e incluso se sentía muy a gusto viviendo entre ellos. Sin embargo, aborrecía a su gobierno, al que acusaba de realizar todo tipo de sangrientos atropellos internacionales sin que la inmensa mayoría de los estadounidenses

lo supiera. «Tienen el cerebro lavado por la propaganda», «Viven en una burbuja», «No tienen ni idea de lo que en verdad hace su gobierno en el mundo ni por qué», pensaba.

Su enorme furgoneta Dodge Ram 1500 salió de la autopista 395 Norte y llegó al aparcamiento sur del Pentágono. El Departamento de Defensa había cedido sesenta y siete acres de terreno para que algunos de sus empleados pudieran estacionar allí sus automóviles. Una inmensa explanada de cemento donde cabían ocho mil setecientos setenta coches. De lejos, parecía un interminable y destelleante mar de metal sin principio ni fin.

Tras pasar la garita de vigilancia, donde siempre había patrullas de la policía, siguió recto hasta la calle Fern y ahí giró a la derecha. En ocasiones, Gerardo también veía vehículos militares en esa zona. Algunos, con ametralladoras pesadas y otros con misiles antiaéreos.

Su cerebro tenía la secuencia memorizada a la perfección: «pasas por debajo de la autopista, giras a la derecha en Navy Army drive, sigues recto, doblas a la izquierda en la calle Hayes, continúas derecho, giras a la izquierda en la calle Doce y ahí te detienes». Gerardo siempre dejaba aparcada allí su furgoneta. En la segunda planta de un estacionamiento privado. Justo frente al centro comercial Fashion Center, más conocido como Pentagon City Mall. Y es que aún no había conseguido uno de los restringidos pases especiales para estacionar en el mismo Pentágono.

—A veces un soldado es mucho más importante que un coronel e incluso un general. Tu misión será vital para nosotros... —recordó las palabras de «Santiago», el nombre en código del agente secreto cubano que le instruyó—. Tienes que convertirte en invisible. Que nadie repare en ti. Y cuando estés seguro de que no has despertado ninguna sospecha, comenzarás a tender tus redes. Sólo entonces. Poco a poco. Con mucha cautela.

De esa forma, y aunque él no lo supiera, Gerardo se había convertido en uno de los espías más importantes para el gobierno cubano en Washington.

—Estarás operando en la misma boca del lobo. En las

entrañas más profundas del enemigo. Te enseñaremos cómo actuar para no despertar sospechas y qué métodos seguir para captar nuevos espías. ¡Eres un héroe! —le dijo el cubano con emoción mientras estrechaba los hombros del joven con sus dos manos.

Gerardo, delgado, eléctrico, de facciones finas y pelo corto negro, era el sobrino de un líder prófugo de los Macheteros, un grupo independentista puertorriqueño al que Washington describía como terrorista. Este hombre, de apenas veinticinco años, admiraba a su tío y no lo consideraba un terrorista, sino más bien un verdadero patriota. Un héroe que luchaba para que Puerto Rico dejara de ser una colonia.

Su tío no sólo hablaba, sino que había puesto bombas contra intereses estadounidenses, destruido aviones de combate del Pentágono destacados en la isla y también robado varios bancos para financiar el movimiento. Gerardo ya estaba harto de ver como a muchos líderes independentistas se les iba la fuerza por la boca y jamás se arriesgaban a hacer nada para provocar un verdadero cambio de poder en la isla.

—¡Son unos cobardes o se venden por cuatro chavos! —solía criticarles.

Su tío Gilberto, médico de profesión, era de Guaynabo. De joven había ido a La Habana, donde enseguida comenzó a colaborar con el servicio secreto cubano. Tras completar su formación como espía, los cubanos lo enviaron en 1962 a Puerto Rico con la misión de monitorear las instalaciones militares estadounidenses en la isla.

Primero se integró en el Movimiento Independentista Revolucionario Armado, después en las Fuerzas Armadas de Liberación Nacional y, finalmente, en el Ejército Popular Boricua. Más conocido como los Macheteros. Tras varios robos y acciones armadas, muchos de sus compañeros fueron arrestados, pero él logró huir y aún figuraba oficialmente como prófugo. De hecho, su nombre todavía aparecía en la lista de los fugitivos más buscados por el FBI.

Gerardo se había visto con él varias veces en La Habana e, igual de motivado que su tío, ofreció de inmediato sus servicios a la Seguridad del Estado cubana.

—Haré lo que me digan, pero no llamé a su puerta para perder el tiempo. Sólo tengo una condición: quiero dañar lo máximo posible al gobierno imperialista que mantiene su bota opresora clavada contra el cuello de mi pueblo... —fueron sus palabras.

Tras cambiarse de nombre y recibir documentos falsificados, nadie sospechó de él en el Departamento de Defensa. Especialmente, debido al trabajo de tan bajo perfil que realizaba.

—El primer general ruso que visitó el Pentágono después de la caída de la Unión Soviética llegó al edificio con unos números apuntados en un pequeño plano —le dijo Santiago aquel día. Eran unas coordenadas obtenidas por sus satélites militares. Nada más llegar, fue directo al lugar de esas coordenadas y, cuando lo vio, no pudo evitar una estruendosa carcajada que sorprendió a todos allí. «Seguíamos muy de cerca todo lo que ocurría aquí —afirmó señalando con vehemencia el punto—. ¡Aquí mismo! —repitió—. ¡El motivo es que este era el lugar con más movimiento de todo el edificio! ¡Creíamos haber descubierto uno de los principales puestos de mando! ¡Ja, ja!».

—¿Sabes de qué se trataba? —preguntó el cubano—. En el medio del Pentágono hay un pequeño parque donde muchos empleados van a almorzar, estirar un rato las piernas o a fumarse un cigarrillo. ¿Y qué hay allí? ¡Un puesto de perritos calientes y hamburguesas! ¡Ese lugar se abarrota cada día de gente para comprar sandwiches! ¡A eso se refería el ruso! ¡Ahí era donde apuntaban los misiles rusos! ¡Misiles nucleares intercontinentales para destruir un puesto de perritos calientes! ¡Ja, ja! ¿No es increíble? —rió él también.

El agente Santiago tardó varios segundos en recuperar la compostura. Después, ya algo más calmado, continuó dando instrucciones al puertorriqueño.

—Gerardo, tú vas a trabajar allí. Ya está arreglado. Esa será una oportunidad de oro para conocer a muchas personas dentro del Pentágono y poder seleccionar a quienes más nos interesen. El lugar perfecto. ¿Quién va a sospechar de un vendedor de hot dogs que ni siquiera trabaja físicamente en las

oficinas del Departamento de Defensa? —se preguntó feliz.

No obstante, Santiago notó enseguida que Gerardo no parecía entusiasmado con esa misión.

—No te dejes engañar por lo que podría parecer como un trabajo de poca monta... Todo lo contrario... Como te dije, si operamos con éxito, lo que tú hagas ahí podría ser incluso más importante que la labor que realizan muchos experimentados generales en La Habana. Recuerda. Tenemos muchos menos medios que el enemigo, por eso hemos de ser infinitamente más creativos y audaces que ellos.

Y, en efecto, en esos tres años, siete meses y cinco días, el puertorriqueño no sólo había logrado reclutar a dos importantes colaboradores, sino también recabar mucha información sobre el enorme edificio del Pentágono. Conocía muy bien la distribución de las oficinas, cuáles eran sus funciones y también tenía mapas detallados sobre esa gigantesca estructura de seis millones quinientos mil pies cuadrados en la que trabajaban treinta y tres mil personas. Unos datos que había grabado en su memoria y que a menudo repetía mentalmente para mantenerlos siempre frescos... «cinco niveles, varios bajo suelo, cien mil millas de cables telefónicos, un millón doscientas mil cartas diarias, siete mil setecientas cincuenta y cuatro ventanas, seiscientas noventa y una fuentes, ciento treinta y una escaleras fijas, diecinueve mecánicas, doscientos ochenta y cuatro lavabos, doscientas mil llamadas telefónicas al día...». Las instrucciones para Gerardo eran claras: averiguar hasta el detalle más insignificante.

—Nunca sabes cuándo podrías necesitarlo —le dijo el agente cubano—. Imagina que, en caso de guerra, quisiéramos envenenar al personal del Pentágono. Saber cuántas fuentes hay y de dónde les viene el agua sería extremadamente útil —sonrió.

Con la puntualidad de un reloj suizo, Gerardo aparcó su camioneta a las siete y treinta de la mañana. A la hora habitual. Cerró las puertas, recogió su pequeña mochila y se dirigió hacia las escaleras mecánicas. Pero, de repente, su beeper comenzó a sonar con frenesí. El puertorriqueño apretó un botón del localizador y no pudo evitar un escalofrío en el

cuerpo al leer el número 656 en la pantalla de aquel pequeño aparato negro, plano y rectangular.

Acto seguido, bajó a la calle y se fue a una esquina desierta. Miró a su alrededor y, al comprobar que nadie podía escucharlo, se acercó hasta un teléfono público. Marcó un número, dejó sonar dos veces y colgó. Después repitió la operación pero, esta vez, se mantuvo en línea.

—Diga... —respondió una voz.

—¿Rafael?

—Sí... ¿quién es?

— Tu primo Tony.

—Ah... hola... ¿qué tal?

—Bien... bien... ¿y tú?

—Todo en orden... ¿qué tal la familia?

—Sin novedad, chico... Te mandan recuerdos... Mira, acabo de llegar de Atlanta y pasaré aquí el día en reuniones...

—Vaya... no sabía que venías...

—Sí, apenas organizamos el viaje ayer... ya sabes, la locura del trabajo...

—Claro...

—Pero, mira... si tienes un ratito quizás podríamos tomarnos un café para charlar...

—Por supuesto... ¿cuándo?

—¿Te va bien ahora?

—¿Ahora? Este... déjame ver... sí... sí... está bien... ¿dónde?

—¿Que te parece en la cafetería El Capitolio?

—Perfecto...

—¿Media hora?

—Hecho.

—OK... te veo allá...

—Adiós...

Tras colgar, Gerardo regresó a su camioneta y llamó a su jefe para decirle que tenía una terrible migraña y que no podría ir a trabajar. Después, tal y como especificaba el protocolo, enfiló rumbo al sur.

Su voluminosa Dogde Ram roja de dieciséis válvulas y trescientos cuarenta y cinco caballos de potencia no pasaba

inadvertida. Sin embargo, en ese caso, eso era precisamente lo que Gerardo quería. A pesar de que los puertorriqueños tenían pasaporte estadounidense, muchos los consideraban como «inmigrantes». Y él quería ser percibido como un inmigrante de éxito. Alguien completamente adaptado al sistema de vida del país y a sus valores de trabajar con ahínco para después obtener grandes recompensas. No podía permitirse el lujo de parecer «fuera de lugar». Gerardo no paraba de repetir a sus clientes lo agradecido que estaba a esta nación por todas las oportunidades que le había brindado.

—¡Sólo en América! —les decía—. ¿Cuándo me hubiera podido yo comprar en Puerto Rico una camioneta así, de treinta mil dólares? Una persona como yo, sin estudios... ¡Nunca! ¿Cuándo hubiese podido hacerme con una casa como la que tengo aquí? ¡Jamás! ¿Irme de vacaciones a Europa? ¡En la vida!

Consciente también de que en el Pentágono había muchos más republicanos que demócratas y que el nivel de patriotismo estaba por las nubes, había pegado tres llamativos rótulos plásticos en la parte trasera de la camioneta. Uno decía: «Estoy orgulloso de ser republicano», otro «Viva Bush» y el último «América: ámala o... ¡vete de aquí!». Si se trataba de ser conservador y patriota, nadie lo sería más que él.

Mientras Gerardo manejaba hacia el sur, Rafael Dueñas salía de la Oficina de Asuntos Continentales del Departamento de Defensa. Ese departamento estaba ubicado en la habitación número 3C900 del edificio del Pentágono.

El primer número indicaba el piso. Cada piso tenía cinco anillos concéntricos, de forma que el C significaba el tercero porque venía después del A y del B. El siguiente dígito marcaba el pasillo y había un total de diez. Ese era, pues, el corredor nueve. Las dos últimas cifras indicaban el número específico de la oficina. En este caso, la 00.

Orientarse en una estructura tan grande como el Pentágono constituía un verdadero reto, no en vano ese era el edificio de oficinas más grande del mundo. Muchos se sentían allí como en una pirámide y los recién llegados tardaban semanas en lograr ubicarse y moverse con efectividad.

El capitán del Ejército Rafael Dueñas, de Carolina del Norte, trabajaba en la oficina 3C900 desde hacía cuatro años. Su jefe, con rango de subsecretario, era el responsable de la política del Departamento de Defensa para todo el continente americano, excepto los propios Estados Unidos. Es decir, coordinaba toda la estrategia exterior del Pentágono desde Argentina hasta Canadá. Ese departamento prestaba especial atención a países considerados como «amenazas» y siempre tenía planes secretos de contingencia para, de ser necesario, invadir todas y cada una de las naciones del continente. Cuba era la número uno de la lista.

Gerardo Rivera había conseguido llegar hasta él. ¿Cómo?

Tras algunos meses de estar trabajando allí, el puertorriqueño recibió de La Habana unos transmisores minúsculos que permitían ubicar por satélite a quien los llevara encima. Incluso a través de satélites comerciales. Eran una pequeña cinta adhesiva con circuitos electrónicos incorporados de no más de un cuarto del tamaño de una uña, transparentes, y que se mimetizaban a la perfección con el lugar al cual fueran pegados.

Gerardo, al concluir su jornada, se sentaba muchas veces a beber algo caliente en una cafetería ubicada al lado del garaje donde le esperaba su camioneta. Muchos empleados del Pentágono hacían lo mismo. El último cafecito antes de regresar a casa. La inmensa mayoría solía ir con sus maletines de trabajo, que muchas veces dejaban desatendidos en el mostrador mientras encargaban o pagaban sus bebidas. Cuando surgía la oportunidad, Gerardo se acercaba con disimulo, distraía a la persona y le pegaba el transmisor en la ropa o en su maletín. El aparato tenía que ser colocado fuera del Pentágono porque dentro había numerosos instrumentos para detectar cualquier tipo de vigilancia electrónica. El transmisor tenía una autonomía de cinco horas. Lo justo para seguir a la persona y averiguar su domicilio. El primer paso para conocer después todos los pormenores de su vida.

Sus jefes le habían dicho que se centrara especialmente en los guardias que se encargaban de la custodia del edificio.

Muchos de ellos ni siquiera eran militares, sino personal de seguridad. La Habana los consideraba como la vía intermedia perfecta para acceder después a otras personas de más interés.

No le fue sencillo dar con la persona adecuada. El motivo era que el gobierno seleccionaba con mucho cuidado a quienes ponía en esas posiciones. Solían ser individuos de un pasado intachable y lejos de toda sospecha. Pero, tras veintisiete intentos, apareció Timothy Rodman.

No hubo que escarbar mucho para descubrir que Timothy Rodman tenía una gran debilidad: el juego. Cuando disponía de tiempo libre y algo de dinero, sus viajes eran siempre al mismo lugar: Atlantic City. En sus casinos derrochaba todo el dinero que tenía y, para suerte de Gerardo, también el que todavía no había ganado. Sus deudas crecían y crecían peligrosamente, como una ola nerviosa que se une a otras aún más bravas hasta convertirse en una marejada y, más tarde, en un vendaval. En esta ocasión, un vendaval de números rojos.

Hasta entonces, Timothy se las había ingeniado para que sus jefes no supieran nada de esa parte de su vida, pero el agujero financiero en el que se encontraba era cada día más profundo y llegó un momento en que, simplemente, ya debía mucho más capital del que jamás pudiera pagar con un sueldo como el suyo. Por si fuera poco, y con la ayuda de otros agentes cubanos, Gerardo le había tendido varias trampas para que esa deuda se multiplicara todavía más. El truco más usado consistía en ponerle al lado de las mesas de los casinos a personas que le incitaran a gastar más y más. En especial, mujeres muy atractivas que le convencían de que su mala suerte cambiaría en la siguiente jugada.

Finalmente, el espía compró la enorme deuda del guardia de seguridad y un día le llamó por teléfono.

—Usted está en una situación muy comprometida. Me debe cuatrocientos mil dólares, más intereses. Si sus jefes se enteran de su vicio por el juego, sabe muy bien que lo despedirán de inmediato. Lo considerarían un riesgo. Una persona demasiado «problemática» para su posición —enfaticó—. Por

otro lado, también sabe qué le ocurre a la gente que no paga ese tipo de deudas. Son un mal ejemplo que no se puede permitir.

—¿Quién es usted?

—Eso es irrelevante. ¿Ha recogido el paquete que le envié?

—Sí...

—¿Vio qué hay dentro?

—Claro... —dijo refiriéndose a varias fotos de su familia, una bala y diez mil dólares.

—Haga lo que le pido y jamás tendremos que usar balas como esa. Por otro lado, recibirá esa cantidad cada mes. Su deuda será congelada y podrá usar ese dinero para seguir divirtiéndose. Si dice algo de todo esto, mataremos a su familia antes de que pueda ocultarlos en algún lugar. No tiene opción. No sea estúpido. Colabore con nosotros y disfrute del mucho dinero que le vamos a dar. Cuando su suerte cambie y recupere sus pérdidas, paga nuestra deuda y jamás volverá a escuchar de mí.

Timothy Rodman se convirtió en el segundo tipo de espía. El que accede a cooperar no porque crea en la causa, sino porque es sobornado para que lo haga. Aunque también se les suele coaccionar, su verdadera motivación no es otra que el dinero.

La primera tarea del guardia de seguridad fue localizar el departamento encargado de planificar acciones militares contra Cuba. Es decir, el de Asuntos Continentales. La segunda, averiguar el nombre de algún militar hispano de rango medio en esa oficina. Ahí fue cuando Gerardo escuchó por primera vez el nombre de Rafael Dueñas.

Reclutar al capitán fue más rápido y sencillo.

Tras una semana de seguimiento, el militar fue a bailar a una sala de fiestas cercana a la plaza Dupont Circle, en el centro de la capital. Un lugar considerado por muchos como el centro de los bares gays de Washington. Cuando el agente de la Seguridad del Estado cubana que lo seguía vio al capitán besándose desenfrenadamente con otro hombre, supo que ya no era necesario seguir investigándolo. Por lo general, el capi-

tán era muy reservado y tomaba bastantes más precauciones para pasar desapercibido, pero aquella vez la pasión había ganado la partida.

El siguiente paso fue tomar fotos. Después, tenderle una trampa. Simularon que una agencia de promociones turísticas había realizado un sorteo al azar: la rifa de un viaje de cinco días con todos los gastos pagados a la República Dominicana. Rafael jamás sospechó nada y se mostró encantado de su buena suerte cuando le telefonearon para anunciarle que era el ganador.

El destino, Puerto Plata. Tan conocido por sus playas espectaculares como por ser uno de los destinos preferidos de los llamados turistas sexuales. Las calles rebosaban lujuria y los bares siempre se veían abarrotados de hombres de mediana edad solos y rodeados por los cuatro costados de jóvenes y atractivas mujeres. Los turistas, en su mayoría, eran europeos o estadounidenses con poco tiempo para divertirse y mucho dinero para poder hacerlo.

Nadie disimulaba allí. Los hombres se sentaban en los bares y, en apenas segundos, ya tenían a varias mujeres a su alrededor o incluso sentadas sobre sus rodillas. El alcohol corría a raudales y también los billetes para pagar un buen rato de placer, ya fuera en las habitaciones del bar, en las del hotel o incluso en algún rincón oscuro del mismo local. Un ambiente de permisividad sexual pública muy distinto al que Rafael estaba acostumbrado.

El muchacho parecía tener más de veinte años. Rafael ya ni se acordaba del número de cervezas que se había tomado. Ambos acabaron en la habitación de un motel cercano. A pesar de que no vio a nadie conocido allí, el militar no quiso llevarlo a su hotel por temor a que alguien lo reconociera subiéndolo a su cuarto con el dominicano.

La secuencia de eventos fue casi insultantemente previsible, pero el capitán siempre permaneció ajeno a la verdadera naturaleza de lo que se estaba fraguando a su alrededor. Al fin y al cabo, tampoco tenía ningún motivo para sospechar. Él no era un general y estaba haciendo lo mismo que centenares de otros hombres allí...

Tras una media hora en la habitación, unos gritos y unas patadas contra la puerta. Esta se viene abajo. Entra la policía. Escenas de caos, empujones, insultos. Arrestan a ambos. Los llevan a una comisaría. Rafael está aterrorizado. Congelado. Les piden los documentos. Lo zarandean. Algunos golpes para intimidarlo aún más. Las habituales instantáneas contra la pared de frente y de perfil con un número de caso en el pecho. Huellas dactilares, confiscación de pasaporte. El muchacho es menor de edad. Apenas dieciséis años. También hay fotos de ellos dos manteniendo relaciones sexuales en la habitación, tomadas con una cámara oculta. La policía se lo deja muy claro: los cargos son abuso sexual de menores y prostitución infantil. La pena, varios años de cárcel. Su vida acaba de dar un vuelco de ciento ochenta grados.

Los agentes se van del cuarto. Entra otra persona que también habla en español con acento caribeño, pero no es dominicano.

—Seré breve y quiero una respuesta inmediata. ¿Me escucha? —dijo en tono claramente intimidatorio.

Rafael aún estaba en shock. Confundido, avergonzado, con miedo.

—¿Me escucha? —insistió.

Un silencio.

—Sí...

Otro silencio.

—En unos minutos puede estar esposado y en dirección a una cárcel en Santo Domingo. Le aseguro que con todas estas pruebas no saldrá de allí antes de diez o quince años. También tengo que decirle que esa cárcel no es precisamente un hotel de lujo. ¿Me entiende?

—Perfectamente. ¿Qué quiere? ¿Dinero? ¿Cuánto dinero quiere? Le daré lo que sea... —dijo Rafael desesperado.

El otro hombre se frotó el rostro con su mano izquierda. Después tiró unas fotos encima de la mesa que los separaba.

—Además... tan sólo esto sería suficiente para acabar con su prometedor carrera militar... Ya sabe que el Pentágono lo prohíbe.

El capitán pareció despertar.

—¿Cómo sabe que soy militar?

El otro estiró la mano y le acercó aún más las fotos. Al verlas, la confusión de Rafael aumentó. Era él en su propia cama de Washington y en pleno acto sexual con un amigo.

—Esto fue en mi casa... ¿cómo consiguió esto?

Entonces se dio cuenta de todo.

—¡Hijo de puta! —gritó al abalanzarse sobre el hombre que tenía enfrente.

El agente secreto cubano lo tiró hacia un lado y se prostró junto a él. Cuando Rafael intentó levantarse del suelo, le dio un fuerte puñetazo en el estómago. El golpe fue preciso y contundente, como si hubiera sido ensayado infinidad de veces.

Pasaron los segundos y Rafael seguía tumbado en el piso.

—Siéntese y escuche. No voy a perder mucho de mi tiempo. Si va a comportarse así, me voy ahora mismo y por la mañana ya estarán violándolo en prisión. Ya sabe cómo son las cárceles.

Poco a poco, el militar regresó a su silla.

—...le estoy escuchando...

El cubano también tomó asiento y le señaló con el dedo.

—Es obvio que le hemos tendido una trampa. Sin embargo, las fotos de Washington son reales, así como las que le hemos tomado con el muchacho. También es cierto que se acostó con un menor de edad. Y no sólo eso, sino que ahora mismo ese niño está firmando a la policía un documento donde dice que usted lo drogó para llevarlo a la cama. Que fue contra su voluntad.

Rafael analizaba con rapidez todo lo que le decía el otro hombre en un intento por adivinar adónde quería llegar.

—¿Cuánto va a costarme esto? —insistió.

El cubano suspiró.

—Va a costarle, pero no dinero.

El militar levantó la cabeza.

—Puedo hacer que todo esto desaparezca de su vida. Que quede como una simple pesadilla que jamás ocurrió. Tengo muy buenos contactos aquí.

Los silencios eran cortos, pero se sentían eternos.

—Continúe...

El agente golpeó la superficie de la mesa un par de ocasiones con sus dedos y prosiguió.

—Cuando regrese a su trabajo, una persona se pondrá en contacto con usted. Se identificará como «Chacho». Él va a pedirle que haga algunas cosas en su oficina y también que le dé información sobre ciertos temas.

—¿Qué temas? —preguntó enseguida el capitán.

El otro hombre no se fue con rodeos.

—Estamos muy interesados en todo lo que tenga que ver con Cuba. Qué planes hay respecto a Cuba... de qué se habla cuando se menciona Cuba...

—Ya... Cuba... —suspiró él también.

—No sólo Cuba, pero sí especialmente Cuba... También nos interesan mucho otros países de Latinoamérica... Colombia... Venezuela... Bolivia...

El cubano notó un nuevo silencio y decidió romperlo de inmediato.

—Si su respuesta es «no», ya sabe lo que le espera en Santo Domingo. Si la respuesta es «sí» pero al llegar a su país no cumple con su promesa, es muy fácil predecir cuáles serían los próximos pasos. Sus jefes reciben las fotos de Washington y las de aquí. Le despiden del trabajo. Ya sabe que el Pentágono prohíbe contratar a homosexuales. Estas fotografías dejarían pocas dudas al respecto. La Interpol emite una orden internacional de captura. La policía dominicana dice que usted se escapó de su custodia. Las autoridades estadounidenses cooperan al máximo. No es buena publicidad proteger a un perversor de menores. Usted regresa esposado. Lo juzgan y condenan, pero esta vez a aún más años de prisión por haberse fugado. ¡Su vida a la papelera!

—Ya...

—En cambio, si coopera con nosotros, regresa a su vida habitual. Como si no hubiese pasado nada... Sigue con su prometedor carrera y continúa ascendiendo sin problemas...

Ahora el que rió fue Rafael.

—Sin problemas... —soltó casi una carcajada.

El cubano lo observó atentamente, incapaz de vaticinar cuál sería la respuesta.

—Primero me pide traicionar a mi país... pero, además de eso, ¿tiene usted idea de lo que me pasaría si, en un momento como este, me arrestan espionando para ustedes...? ¿Recuerda la palabra «Guantánamo»? —dijo con furia.

La respuesta fue inmediata.

—Eso sólo es una remota posibilidad. Su país está obsesionado con Irak, Irán y Corea del Norte. Usted lo sabe. Están en guerra. Para el Pentágono, Latinoamérica generalmente no existe, pero ahora incluso menos. Está fuera del radar. La atención está en otra parte. El riesgo es mínimo. Le pediremos cosas muy sencillas —mintió.

El cubano lo sabía perfectamente. Una vez que se accede a hacer la primera entrega, ya no hay límites para que el chantajista siga exigiendo más y más, tanto en cantidad como en calidad de información.

—Sí, pero ¿sabe usted qué me ocurriría?

—Nada peor que quince años en una cárcel aquí acusado de haber violado a un niño. Se lo aseguro.

Rafael Dueñas se levantó y caminó durante algunos segundos por la sala.

—Está bien. No tengo alternativa —dijo finalmente.

El militar se acababa de convertir en el tercer tipo de espía. El que acepta espiar por chantaje. Generalmente, por motivos sexuales.

El servicio secreto cubano aprovechaba todas las vulnerabilidades de sus enemigos. Por lo general, los chantajes por aventuras sexuales eran contra hombres o mujeres heterosexuales casados, pero si el Pentágono convertía en causa de despido que una persona admitiese públicamente su homosexualidad, los militares gays pasaban a ser presas más fáciles que el resto. Una infidelidad podría provocar entonces no sólo la pérdida de una pareja, sino también arruinar cualquier carrera militar. Y los cubanos tenían dónde escoger, ya que en las Fuerzas Armadas estadounidenses había alrededor de setenta mil homosexuales.

Cuba tenía uno de los mejores servicios de inteligencia

del mundo. Eran auténticos especialistas del engaño. La última prueba había sido esa operación, realizada en la República Dominicana sin que nadie se enterara. Incluida la policía de ese país, ya que los supuestos agentes no eran sino espías cubanos disfrazados. Y la presunta víctima, un joven prostituto de veintidós años que aparentaba bastantes menos y que ganó mucho dinero aquella noche con su magistral actuación.

Cuando Rafael llegó a la cafetería El Capitolio, Gerardo Rivera, el agente Chacho, ya estaba esperándolo allí. La mañana era fría, así que el puertorriqueño decidió quedarse en una mesa fuera. Con esa temperatura, los clientes permanecían dentro y habría más privacidad.

Estaban en un barrio llamado Kingstowne, a unas cinco millas del Pentágono. En un pequeño centro comercial colindante con la calle South Van Dorn. Un lugar de fácil acceso, pero también discreto y apartado.

Rafael se sentó. Nervioso, fue directamente al grano. La presión del servicio de inteligencia cubano era enorme para que les pasara la mejor información que cayera en sus manos. La Habana nunca estaba contenta. Siempre quería más. De lo contrario, las consecuencias serían inmediatas.

—Tenga —le dio una pluma estilográfica.

—¿Qué ocurrió?

—Hace cuatro horas, durante mi turno de noche, se presentó de improviso en la oficina Alfonso Noriega, el director del departamento. Pero no venía solo. Con él estaba el jefe de SOUTHCOM, el Comando Sur de Miami. Ya sabe, los que se encargan de todas las operaciones militares en Latinoamérica. Un general de cuatro estrellas.

—¿Y bien...?

El capitán miró a su alrededor para asegurarse de que nadie les escuchara.

—Nos pidieron todos los planes con respecto a Cuba.

—¿Planes? ¿Planes de qué?

Rafael giró su cabeza de nuevo.

—Planes de invasión —más que hablar, murmuró.

Gerardo vio en la expresión de Rafael que no se trataba de ninguna broma.

—Planes para invadir Cuba...

—Sí. Planes de invasión —dijo molesto por hacérselo repetir.

Gerardo observó la pluma estilográfica.

—Y no sólo eso... después pidieron los de Venezuela.

—¿También de invasión?

—Sí —dijo incómodo Rafael.

Gerardo reflexionó durante unos segundos.

—Pero ellos siempre tienen esos planes de contingencia.

Los revisan constantemente. Es pura rutina...

Rafael prendió un cigarrillo y observó de nuevo la zona en busca de algo fuera de lo normal.

—Les trajimos todos los documentos y se encerraron en el despacho del jefe. Como quien llevó los informes fui yo, dejé disimuladamente la pluma entre unos libros de la estantería. Hubo suerte. Por lo general, ese tipo de encuentros se hacen en salas «seguras». Antes de cualquier reunión, siempre realizan barridos electrónicos en ellas para asegurarse de que no haya micrófonos ocultos. Esta vez tenían prisa y se quedaron en la misma oficina.

La pluma contenía un micrófono especial que le había entregado el servicio secreto cubano precisamente para ocasiones como aquella. Al quitarle la tapa, la grabadora comenzaba a funcionar de inmediato. Para hacerla más real, también se podía escribir con ella.

—Pasaron allí casi una hora y dijeron que regresarían esta tarde para una reunión más larga. Aunque contentos, se les veía tensos. Aquello no tenía nada de rutinario. Créame. Quieren poner al día esos planes. Sin excusas. Yo conozco muy bien a mi jefe y sé cuándo habla en serio y cuándo no.

El agente cubano asentía.

—Y si tiene alguna duda, escuche esta grabación —dijo señalando la pluma—. Dejará de tenerla.

Acto seguido, Rafael tiró el cigarrillo al suelo, lo pisó, se levantó y se fue. Gerardo apenas esperó un par de minutos más para también marcharse del lugar.

Una vez en su furgoneta, se puso unos auriculares y se dirigió hacia Washington. Después, conectó el cable de sus au-

dífonos a un pequeño agujero ubicado en la pluma estilográfica que le había dado Rafael y comenzó a oír la grabación.

Primero escuchó el movimiento de papeles sobre una mesa. Más tarde, una puerta cerrándose.

—Hemos de estar preparados, general —dijo Noriega—. Hay un importante grupo de personas en el Consejo de Seguridad Nacional, en el Departamento de Estado, en la CIA, en el Pentágono, en el Congreso y en la propia Casa Blanca que piensa como yo. Estoy hablando de gente al más alto nivel.

—¿Está ocurriendo en Cuba algo que yo no sepa? —preguntó en seguida el militar.

—No. Estamos hablando de una operación estratégica a medio plazo.

Más movimiento de documentos sobre el escritorio antes de que Noriega prosiguiera.

—Usted sabe que la prioridad del Presidente es expandir la democracia en el mundo. Ahora la mayoría de los esfuerzos están concentrados en la guerra en Irak y en Afganistán, pero, claro, esas no son las únicas amenazas. Los dos otros grandes problemas son sin duda Irán y Corea del Norte. Con Corea del Norte hay poco que hacer. Ya tienen varias bombas nucleares. Nuestra única opción es intentar contenerlos. Si los atacáramos, podrían soltar esas bombas en Seúl y en varios lugares de Japón. Tenemos decenas de miles de militares allí. Sería un desastre. Cientos de miles o incluso millones de personas pulverizadas en cuestión de segundos. Por supuesto, después Corea del Norte desaparecería del mapa, pero el daño ya estaría hecho. ¡Y la cosa no acaba ahí! —exclamó de pronto—. Ese país tiene misiles capaces de transportar esas bombas nucleares a miles de millas de distancia. Quizás, incluso hasta la misma costa oeste de los Estados Unidos.

Gerardo escuchó entonces algo que pareció el sorbo de alguna bebida. La siguiente voz fue de nuevo la del funcionario.

—Irán aún no tiene bombas nucleares, pero podría obtenerlas relativamente pronto. La Casa Blanca va a dar algo de tiempo a la diplomacia. No quieren que se repita la crítica

internacional que ocurrió con el tema de Irak. Eso nos ha costado muy caro. Cada día son menos los países que nos ayudan con sus tropas allí. Ahora, como usted sabe muy bien, prácticamente toda la sangre y el dinero en Irak lo ponemos nosotros. Nuestros soldados mueren a diario y Washington se está endeudando de forma muy peligrosa.

Tal y como había dicho Rafael, el tono de la reunión era de extrema seriedad.

—Vamos a dar otra oportunidad a Irán para que destruya todo su programa nuclear —siguió el subsecretario de Defensa—. No porque nos importe mucho lo que diga Europa, la ONU o quién sea, sino porque, de todas formas, estamos obligados a esperar. Tras el grueso de la campaña en Irak y Afganistán, el Pentágono necesita un año más para reorganizarse y rearmarse. La mayoría de las bombas fueron usadas y hay que llenar de nuevo el arsenal. Las fábricas trabajan sin cesar, pero la lista es muy larga.

Gerardo seguía manejando su furgoneta hacia Washington y en ese momento vio el Pentágono a su mano izquierda. Una imponente masa de cemento. El centro nervioso de las mejores y más potentes fuerzas armadas que jamás hayan existido en la Historia de la Humanidad.

La habitación 3C900 era una amplia oficina de madera de roble de tono oscuro. En sus paredes había varias fotografías de Latinoamérica y de políticos estadounidenses. Instantáneas de bulliciosas calles argentinas, frondosas selvas del Brasil y paradisíacas playas nicaragüenses junto a rostros como el del ex presidente Ronald Reagan o el del actual mandatario de la Casa Blanca, George W. Bush. Había una secretaria y tres despachos. El más grande era el del subsecretario, que tenía una gran ventana que la llenaba de luz. La entrada a la oficina, situada en un gigantesco pasillo lleno de fotografías de héroes militares estadounidenses, estaba custodiada por un circunspecto infante de marina con su habitual traje azul, negro, rojo y blanco. El guardia siempre llevaba una pistola cargada en su reluciente cartuchera blanca.

Noriega prosiguió.

—La guerra en Irak seguirá durante muchos años, pero

esperamos no necesitar tantas tropas en el futuro. Con más militares y policías iraquíes, la situación será más manejable y eso nos permitiría usar esos soldados en otro lugar. Y ese lugar sería Irán.

—¿Vamos a invadir Irán? —se sorprendió el militar.

—No. La idea sería bombardear sus instalaciones nucleares.

La pregunta no se hizo esperar.

—¿Y cree usted que este país tendrá el estómago suficiente para una nueva guerra?

—Bueno, es un secreto a voces que Irán esta desarrollando un programa nuclear. Están construyendo centrales. La evidencia está ahí.

—Ellos dicen y dirán que es con fines pacíficos.

—Sí, pero Irán no es Irak. Irán es el mismo que dijo que Israel debería ser borrado del mapa de la Tierra. Irán es el mismo que entró en nuestra embajada en Teherán y secuestró a nuestros ciudadanos. Sería mucho más fácil hacer un caso contra ellos frente a la opinión pública.

—¿Y qué consecuencias cree que tendría ese bombardeo?

—Tenemos que asumir que los iraníes responderían militarmente y eso provocaría un conflicto generalizado.

El general escuchaba atentamente. De hecho, sabía muy bien que muchos soldados de la reserva eran sometidos a un rigurosísimo entrenamiento cuando regresaban de Irak. Eso, a pesar de que a algunos ya se les había dicho que no volverían allí. Un entrenamiento quizás incluso más fuerte que el que siguieron antes de llevar a cabo el ataque final contra el régimen de Saddam Hussein. Algo que hacía que todos ellos se preguntaran lo mismo: «¿Para qué nos estamos preparando con esta intensidad?», «¿Cuál es el siguiente país en la lista?», «¿Cuándo?».

—Otro motivo es que no podemos iniciar una guerra contra Irán antes de las próximas elecciones congresionales —dijo el subsecretario en tono conformista—. A pesar de que Bush fue reelegido con contundencia, las encuestas dicen que la mayor parte de la población cree que atacar Irak no valió

la pena. ¡Imagínese! —se indignó—. Un nuevo conflicto podría aumentar el descontento y provocar que los demócratas ganen esas elecciones. Si se hacen con el control de ambas cámaras, estarían en posición de paralizar la agenda legislativa republicana. La conclusión es que, de cualquier manera, hay que esperar algo más antes de emprender una nueva guerra. Tenemos las manos atadas.

De repente, el rostro del funcionario cambió de expresión para esbozar una leve sonrisa.

—Y si ese es el caso... ¿por qué no dar la apariencia a la famosa «comunidad internacional» de que su opinión nos interesa genuinamente? —ironizó Noriega—. ¡Que piensen que estamos cediendo! ¡Esperando su «bendición» antes de hacer nada! —dijo después de forma burlona.

Gerardo se ajustó los auriculares para no perderse nada.

—¡Ja, ja! Y, dicho sea de paso, general... ese «ceder» podríamos cobrárselo después de muchas y muy jugosas maneras... De todo lo malo siempre se puede sacar algo bueno —afirmó con picardía.

El puertorriqueño jamás había conseguido material tan bueno como aquel y ya pensaba en cómo hacérselo llegar a sus jefes lo antes posible. Al mismo tiempo, seguía escuchando la grabación.

—Nuestros expertos creen que Teherán no conseguirá ninguna bomba antes de uno o dos años. Incluso podrían tardar hasta cinco o diez años. Por supuesto, si las cosas cambiaran, habría que replantearse todo —dijo el funcionario, un hombre de cuarenta y dos años, pelo y ojos castaños, intenso, delgado, con lentes y con un largo currículum académico.

Luego, se detuvo por un momento.

—Y usted, general, se estará preguntando «¿y qué tiene que ver todo esto conmigo?», ¿no? Le ruego un poco de paciencia...

El militar ríe suavemente.

—Como le dije, el Presidente quiere expandir la democracia en el mundo. Él cree que esa es su misión más importante. Su legado. Pero hay que ser realistas. Irak podría complicarse. El primer problema es la insurgencia. He-

mos matado a miles de rebeldes, pero siguen siendo, como mínimo, veinte mil. Quizás más. El segundo problema son los terroristas que llegan continuamente a Irak de todo el mundo para unirse a la lucha. Pero eso no es lo que más nos preocupa...

Alfonso Noriega se frotó la barbilla.

—Tras todos los fallos de nuestros servicios de inteligencia en el tema de Irak, lo que más nos preocupa es que nuestros aliados no nos crean y que, por lo tanto, tampoco nos ayuden en caso de guerra contra Irán. ¿Qué pasaría si un día anunciamos que Teherán, finalmente, consiguió armas nucleares? ¿Confiarían en nosotros? Quizás no y, en ese caso, sería difícil derribar el régimen de los ayatolas sin enfrentarnos de nuevo a medio mundo. Resultado: más sangre y dinero exclusivamente norteamericanos. Algo que debemos evitar a toda costa porque nuestros soldados ya están al límite y nuestros cofres cada vez más vacíos. Por si fuera poco, los desastres de Katrina, Rita y Wilma no han hecho más que agravar la situación. Tenemos que estar llamando constantemente a la Guardia Nacional para labores domésticas en vez de poder enviarlos a Irak.

El funcionario no creía en una buena parte de lo que acababa de decir, pero ese era un tema «radiactivo» en el que no tenía ninguna intención de entrar. Ni siquiera con una persona en la que confiaba plenamente.

Noriega jamás pensó que las agencias de espionaje estadounidenses se hubieran equivocado con Irak. Al contrario, era de la opinión que sabían muy bien que Saddam Hussein no tenía armas de destrucción masiva. Sin embargo, si admitían eso, no se hubiese podido justificar una invasión. «El gobierno ya había decidido meses antes del primer disparo que habría cambio de régimen, así que la estrategia fue seguir adelante con los planes militares y más tarde, simplemente, decir que se habían equivocado. Que la CIA quedara como una agencia llena de burócratas ineficientes no les importaba en absoluto. Lo importante era ocupar ese país», pensaba él.

La táctica, según Noriega, había sido presionar e intimidar a los analistas de la CIA y del Departamento de Estado

para que dijeran lo que la Casa Blanca quería escuchar e ignorar y castigar a quienes no lo hicieran. ¿El premio? Controlar las enormes reservas de petróleo iraquíes, disponer de amplio territorio para instalar una gran base militar en pleno Oriente Medio y eliminar una molesta amenaza en la zona. Eso sin contar con tener completamente rodeado a Irán, tanto por el lado de Irak como por el de Afganistán.

—Pero sigamos... —continuó el funcionario—. Si no se ataca a Irán y logramos reducir nuestras tropas en Irak, el grupo de personas al que me referí antes piensa que sería la ocasión perfecta para deshacernos de varios problemas muy molestos en nuestro propio patio trasero. Tendríamos muchos medios y, tras las campañas en Irak y Afganistán, también contaríamos con soldados muy curtidos en el campo de batalla. El Pentágono jamás ha dispuesto de tanto dinero como ahora. Nuestro presupuesto es prácticamente de mil millones de dólares cada día. No podemos dejar pasar esta oportunidad —sentenció Noriega, hijo de inmigrantes de Nicaragua y que odiaba visceralmente el comunismo.

El general seguía más interesado en escuchar que en hablar.

—El panorama en el continente se está complicando y nosotros creemos que también hay que luchar por la democracia en nuestro propio barrio. Y ahí entra usted de plano, general.

—Le escucho.

—No tenía por qué decirle todo esto, pero lo he hecho porque sé que usted es un militar discreto y que jamás comentaría nada a otros. Lo hago por respeto a usted. Para que entienda todo el contexto en el que nos movemos. Sabemos también que usted es un fiel republicano y que comprende el desafío vital que nuestro país encara en estos momentos. El mundo está en peligro y hay que actuar. Este no es momento para pusilánimes y usted ya dio muestras de su lealtad y valentía en la invasión de Panamá, en la guerra en Nicaragua y en muchas otras ocasiones durante la guerra fría. En especial, en Vietnam. Necesitamos líderes como usted, osados y decididos. Todos creemos que tiene un gran futuro en el Pentágono.

—Muchas gracias... Mi país y mi gobierno pueden estar seguros de que pueden contar conmigo... —afirmó solemne el militar.

Otro sorbo. Aunque Rafael no lo sabía, el jefe de su departamento había realizado la reunión en su despacho y no en una habitación segura por un motivo muy claro: el Pentágono verificaba que en esos lugares no hubiera micrófonos clandestinos, pero ellos sí tenían instalados los suyos. Todas las conversaciones eran grabadas y Alfonso Noriega quería que esa, definitivamente, fuera de carácter privado. Aunque pocos, también había demócratas en el Departamento de Defensa y cualquier filtración a la prensa arruinaría todos sus planes. Por otro lado, sabía muy bien que no todos en la Administración republicana compartían sus puntos de vista, así que lo mejor era operar a sus espaldas hasta el momento oportuno.

—Latinoamérica está girando hacia la izquierda. No podemos ignorar esa realidad —siguió Noriega—. Muchos países han elegido gobiernos de izquierda. Argentina, Uruguay, Brasil, Chile, República Dominicana... y el comunismo podría regresar con fuerza en Bolivia, Nicaragua, Ecuador y Haití. Por supuesto, no hace falta ni hablar de Cuba, Venezuela o de la poderosa guerrilla colombiana que mata a diario y continúa exportando inestabilidad y delincuencia a sus vecinos. Ecuador y Panamá son sólo dos ejemplos. Hay mucho desencanto con la democracia. En especial por la corrupción, que no cesa. Y por si eso no fuera suficiente, todo indica que el siguiente presidente de México también será un izquierdista, López Obrador. ¡Tendremos miles de kilómetros de frontera con un país izquierdista de más de cien millones de habitantes! ¡Fantástico! ¿Quién da más?

El funcionario recuperó el aliento e intentó no excitarse todavía más antes de continuar.

—Cuba es un cáncer y hay que extirparlo. Castro nos ha hecho la vida imposible durante cuatro décadas, pero creíamos que, con la edad, ya había abandonado sus afanes mesiánicos de exportar la revolución. Sin embargo, vemos que no es así. Fidel nunca renunció a ese sueño y ya ha vuelto a las

andadas. Una vez más, se quitó la máscara. Y su nuevo pasatiempo se llama Hugo Chávez. Le ha hecho creer que es Simón Bolívar reencarnado y está creando una gran desestabilización. Y lo mejor es que Chávez ni se da cuenta de que es una simple marioneta en manos de un genio de la política. Su ego, su vanidad y sus escasas luces lo ciegan. Venezuela está siguiendo los mismos pasos de Cuba y Chávez podría convertirse en el nuevo Fidel. Pero un Fidel quizás aún más peligroso porque tiene mucho dinero para utilizar a su antojo. Miles y miles de millones de dólares cada año. Venezuela controla las mayores reservas de petróleo del continente y es el tercer proveedor de crudo de los Estados Unidos. Por eso Castro lo manipula de esa manera. Chávez regala a Cuba más de ochenta mil barriles de petróleo diarios. Para eso lo quiere. Para eso y para ayudarle a meter la mano de Cuba en todo el continente. Fidel dice que es ateo, pero debería creer en Dios porque Chávez ha sido para él un verdadero regalo del cielo —dijo Noriega con cinismo.

De repente, sonaron unos ligeros golpes en la puerta.

—Perdón... ¿más café?

—No, gracias... ¿general?

—Tampoco, gracias...

La puerta volvió a cerrarse y Noriega prosiguió.

—Chávez, poco a poco, se está convirtiendo en un dictador. Intimida a la oposición, amordaza a la prensa; destruye la independencia judicial, crea las leyes a su medida; hace del Parlamento una cámara de papagayos que le dicen a todo que sí; despide a cualquier funcionario que no vote por él; crea los círculos bolivarianos, milicias populares como en Cuba; tiene el país lleno de militares, asesores y espías cubanos; entre otras muchas armas, compra aviones y barcos de guerra y más de cien mil ametralladoras que Venezuela obviamente no necesita para fines defensivos; financia grupos políticos de izquierda en otros países del continente; apoya a la guerrilla colombiana y le da santuario; ataca verbalmente cada día a los Estados Unidos, culpándolo de todos los males de la Humanidad; se alía con todos los enemigos de Washington; quiere formar un bloque comercial y político latinoamericano con la

única filosofía de socavar los intereses de este país, amenaza con cortarnos las ventas de petróleo, exporta el marxismo a toda la región... ¿sigo, general?

—Creo que no es necesario...

El funcionario se levantó y reflexionó para sí, pero en silencio. Lo que nunca diría públicamente es que derrocar a Castro también elevaría la popularidad del Partido Republicano a niveles astronómicos. Sin duda, muchas naciones los criticarían, pero lo importante para él era la opinión pública estadounidense. «Cuba no es Irak. Hay demasiados cubanos en los Estados Unidos. Los únicos que verdaderamente cuentan son quienes votan en este país. El resto, en el fondo, son irrelevantes», pensó.

Alfonso Noriega no era un funcionario de carrera, sino de designación política. Se trataba de un hombre de máxima confianza de la Casa Blanca. Uno de los llamados neoconservadores. Todos ellos habían jurado no fallar en lo que creían era un momento histórico para el mundo. Estaban convencidos de su causa y no habría nadie capaz de detenerlos. Cambiar el régimen cubano también era parte de esa misión.

Tanto él como muchos otros en su círculo político más íntimo pensaban que, finalmente, el presidente Bush actuaría con decisión para que su hermano Jeb fuera el siguiente nominado por los republicanos para aspirar a la presidencia de la nación. Noriega no tenía ninguna duda de que los Bush querían convertirse en la única familia en la historia del país capaz de haber instalado a tres inquilinos en la Casa Blanca.

Jeb era el gobernador de Florida, un Estado vital para las elecciones. Si los Bush lograban derrocar a Castro, los cubanoamericanos de ese y otros Estados votarían abrumadoramente a su favor. «Una victoria de la democracia, la eliminación de un dictador, una imagen de firmeza, aplausos de los conservadores, admiración de los militares, un país liberado, el voto cubano en la Florida, otro Bush en la Casa Blanca, los demócratas a la defensiva, Venezuela contra las cuerdas, un freno a la izquierda en el continente... ¿qué más podemos pedir? El Presidente no va a desaprovechar esta oportunidad para ayudar a su hermano. Los Bush jamás volverán a estar en

una situación tan favorable como esta: George Bush es presidente, controla todo el aparato de su partido y, en tiempos de guerra, la gente tiende a solidarizarse con su líder. Sus decisiones se cuestionan mucho menos. Es decir, tiene las manos libres para hacer lo que quiera. Y si, por algún motivo, Jeb Bush decide no lanzarse como candidato para las próximas elecciones, sin duda lo hará más adelante. Es muy joven», reflexionó.

—Hay que cortar la cabeza de la serpiente —dijo ya Noriega en voz alta—. A Chávez aún se le pueden parar los pies, pero no podemos demorarnos. Si no le damos un buen susto muy, pero que muy pronto, podría ser ya demasiado tarde y, para entonces, tal vez sea él quien nos lo dé a nosotros. Estamos obsesionados con Oriente Medio y Corea del Norte y no nos damos cuenta de que el polvorín está a punto de estallar en nuestra propia frontera sur. Nuestros enemigos están tocando en nuestra misma puerta y los estamos ignorando. ¡Sólo hace falta ver la televisión! ¡Castro y Chávez abrazados como dos amantes y prometiendo una nueva revolución! ¡Es que ni disimulan! ¡Lo dicen abiertamente! ¿Vio a Chávez llamándonos gobierno terrorista en plena asamblea de las Naciones Unidas? ¡Parecemos estúpidos! ¿Qué es lo que necesitamos para reaccionar? ¡Nos están perdiendo el respeto!

Noriega, una vez más, respiró hondo.

—La idea, general, sería derrocar a Fidel Castro —soltó después la bomba.

De nuevo, un profundo silencio en la habitación. Los ojos del general, de repente, más tensos y concentrados.

—Con eso mataríamos dos pájaros de un tiro —sentenció el subsecretario—. Castro desaparecería del mapa y Chávez se distanciaría de su recuerdo para evitar que le ocurra lo mismo. Ya sabe, bajar la cabeza y ver las balas pasar por encima de uno. Y si se aleja de su mentor, dudo mucho que quiera seguir con sus ambiciones revolucionarias por todo el continente. La prioridad de cualquier político es sobrevivir y eso Chávez sí sabe hacerlo muy bien. Pero para eso tiene que creer que hablamos en serio. Hemos de estar preparados para atacar e invadir Cuba y, de ser necesario, también Venezuela.

Esa es su misión. Explicarme cómo hacerlo con éxito. Cuba es la base del eje del mal de las Américas: La Habana, Caracas y las FARC colombianas. Como en un dominó, si tumbamos la primera ficha, las otras caen detrás de ella.

El general tenía un torrente de preguntas en su cabeza, pero la primera fue inevitable.

—¿Quién más está al corriente de todo esto?

Alfonso Noriega ni pestañeó.

—Un número limitado de gente, pero en puestos vitales. No voy a negarle que hay otros que no comparten nuestro punto de vista, pero confiamos en que, cuando llegue el momento, podremos convencer al Presidente. Perdóneme si no le doy nombres concretos, pero le aseguro que se trata de personas muy cercanas a Bush. Recuerde que los grandes cambios históricos siempre han comenzado por la acción de un grupo muy reducido de personas. Ahora nos toca a nosotros cambiar el rumbo de la Historia, general.

—Entiendo...

El militar conocía muy bien las conexiones de Alfonso Noriega en la Administración, así que no dudó en ningún momento de la veracidad de sus palabras. El hecho de que Noriega, sin mucha experiencia militar, hubiera logrado un puesto de ese nivel en el Pentágono hablaba por sí solo.

—Si no hay una Guerra contra Irán o Corea del Norte, Fidel Castro podría tener los días contados. Usted pasaría a los libros de historia como la persona que derrocó al último dictador del hemisferio. ¡Al mítico Fidel Castro! —enfaticó el funcionario.

El veterano militar pareció simpatizar con las ideas de Noriega. Él también se consideraba un ferviente anticomunista. Al fin y al cabo, no era ninguna casualidad que el gobierno lo hubiera elegido precisamente a él para comandar SOUTHCOM. El grupo al que se refería Alfonso Noriega tenía mucho poder y estaba ubicando a sus miembros más leales en puestos estratégicos clave para materializar los proyectos que habían planeado con paciencia durante más de veinte años.

—Derrocar a Fidel no es una tarea fácil. Muchos lo han intentado durante décadas. En este mismo edificio hay mili-

tares de alto rango que se opondrían con vehemencia a una acción semejante. Dicen que no hay tropas suficientes y que los desastres de Katrina, Rita y Wilma nos lo han recordado amargamente. Además, Cuba se prepara sin descanso y de forma obsesiva contra una potencial invasión del Pentágono. Incluso tienen planes de represalia para atacarnos aquí, en nuestro propio territorio. Con acciones tipo comando —dijo el general haciendo de abogado del diablo.

Noriega pensó en ese momento que las decisiones en el Pentágono no son siempre tomadas por militares. Es más, muchas veces se realizan en abierta oposición al criterio de excelentes soldados con décadas de experiencia. De inmediato le vino a la cabeza el ejemplo del general estadounidense Eric Shinseki, que advirtió públicamente al Congreso que ocupar Irak requeriría tantos militares como derribar al régimen de Saddam Hussein. Es decir, varios cientos de miles. «Eso le valió un claro enfrentamiento con los máximos líderes civiles del Departamento de Defensa, que, para tranquilizar al país sobre el costo humano y material de la guerra, insistían en que la cifra sería mucho menor», reflexionó. El tiempo pareció demostrar que el general estaba en lo cierto, pero no pocos pensaron que osarse a contradecir a sus jefes civiles provocó que Shinseki fuera relegado a un tercer plano en el Pentágono hasta que finalmente se retiró. Sin embargo, Noriega no quiso recordar al jefe de SOUTHCOM que eran personas como él, políticos y no militares, quienes tenían la última palabra en las guerras de los Estados Unidos. La idea era buscar la cooperación del militar, no humillarlo dándole a entender claramente que, en aquella gran partida de ajedrez, su papel era el de un simple peón que otras fichas más poderosas movían a su conveniencia de un lado a otro del tablero.

—¿Atacarnos? ¿A nosotros? —sonrió con cierta arrogancia el funcionario, a pesar de que recordaba haber sido informado someramente de la existencia de ciertos planes cubanos de ataque y sabotaje contra los Estados Unidos.

Después, recuperó su compostura.

—Es cierto. Podemos odiar a Castro, pero no se ha mantenido en el poder durante más de cuarenta años por estúpido.

Es un enemigo formidable. Sería una misión muy difícil. Sin embargo, este país jamás ha sido tan poderoso como en estos momentos. En especial, sus fuerzas armadas. No se preocupe. Si necesitamos soldados, los tendremos.

Noriega levantó entonces con su mano derecha una foto de Hugo Chávez con uniforme castrense y se la mostró al general.

—Además, ya no podemos ir a la cama esperando que Fidel se muera porque otro Fidel se está alistando para sustituirle —continuó—. Es ahora o nunca. Si derrocamos a Saddam Hussein, ¿por qué no podríamos hacer lo mismo con Castro? Si logramos vencer al imperio soviético, ¿por qué no habríamos de ser capaces de aniquilar al dictadorzuelo de una pequeña isla del Caribe? Y por Chávez no se preocupe. Cuando los B-52 comiencen a soltar sus bombas de dos mil libras en los cuarteles del Ejército venezolano, la inmensa mayoría de soldados empezará a correr. Muchos lo apoyan por miedo y desde luego no van a dar la vida por él. Al contrario, miles se unirían a nosotros. Y de los famosos milicianos que está entrenando, no vale la pena ni hablar. Los más inteligentes se esconderán en sus casas tras la primera explosión. A los más tontos, nuestras fuerzas especiales les rebanarán la garganta sin que ni siquiera los vean llegar. Recuerde lo que ocurrió en Panamá con los famosos Batallones Dignidad. Usted mismo lo vio. Huyeron aterrorizados como pollos sin cabeza.

Una sonrisa del general bendijo las predicciones. Él era uno de muchos en el Pentágono que creía que su país tenía que usar su enorme poderío bélico con más decisión. El presupuesto militar de Washington era mayor que los de la inmensa mayoría de países industrializados juntos. Tan sólo uno de sus decenas de submarinos nucleares de ataque, como, por ejemplo, los de la clase Seawolf, podría destruir cualquier nación del planeta. Regresarla a la Edad de la Piedra. Personas como el comandante de SOUTHCOM pensaban que Estados Unidos debería sacar más provecho de esa enorme ventaja. Eran fervientes partidarios de usar esos medios mucho más a menudo como presión psicológica para lograr los objetivos políticos de Washington. Y, de fallar la diplomacia, apretar el gatillo sin

tantos miramientos. Eran los llamados «halcones del Pentágono».

—Quizás la orden nunca llegue, pero si la recibimos, todo ha de estar listo. Hasta el último detalle. Y no tengo ni que decirle que, si eso ocurre, fallar no es una opción para nosotros. Estamos hablando del legado del Presidente. Como usted mismo dijo, no faltarán funcionarios y militares que digan que eso es una misión imposible. Muy arriesgada. Con costos demasiado altos. Esos son unos mediocres que sólo ven los árboles y no el bosque. Su desafío, general, es demostrar que están equivocados. A nosotros no se nos va a escapar el tren de la Historia. A ellos, sí. El mundo está lleno de blandengues, pero nosotros no lo somos.

—Entiendo.

Gerardo Rivera detuvo la grabadora y aparcó su camioneta en la calle Dieciséis del noroeste de Washington. Más tarde, se acercó a un mendigo.

—¿Quieres ganarte diez dólares?

—Claro... ¿qué tengo que hacer? —dijo este sorprendido.

—¿Ves aquella verja? —señaló a una mansión situada a una cuadra de distancia.

—Sí.

—Fíjate a la izquierda de la puerta... hay un hombre arreglando unas matas en el jardín. ¿Lo ves?

El vagabundo concentró su visión.

—Sí, ahí está —señaló con el dedo índice de su mano derecha.

—Muy bien. Camina por la acera. Cuando pases delante de él, acércate un poco y dile «Avisen a Ronaldo que Pedro quiere tomar café con él».

—A ver... —intentó recordar.

—«Avisen a Ronaldo que Pedro quiere tomar café con él» —repitió Gerardo.

—Bien... bien. «Avisen a Ronaldo que Pedro quiere tomar café con él».

—Exacto.

—¿Nada más?

—Eso es todo. Cinco ahora y cinco después de que lo ha-

gas. Recuerda, no pares. Sólo camina más despacio cuando estés junto a él. Le dices eso con disimulo y te vas —dijo Gerardo consciente de que el Servicio Secreto estadounidense tenía monitoreado el edificio y que cualquier precaución era poca.

Cuando el mendigó regresó, le dio los otros cinco dólares, subió de nuevo a su furgoneta y se fue.

Al cabo de una media hora, un hombre salió de aquella mansión de la calle Dieciséis, ubicada entre la Fuller y la Euclid. Una gran casona de color crema, de dos pisos y con una enorme antena parabólica en su tejado. Cuando el señor cerró la verja tras de sí, pasó al lado de un resplandeciente rótulo metálico de color oro que decía: «Embajada de Suiza. Sección de Intereses Cubanos». Ya que La Habana y Washington no mantenían relaciones diplomáticas, la embajada Suiza se encargaba de ceder un espacio para que los diplomáticos cubanos pudieran tener algún tipo de presencia en la capital de su archienemigo, los Estados Unidos. Un favor que Cuba devolvía permitiendo también que el Departamento de Estado tuviera una representación en La Habana.

El hombre era de raza negra y complexión atlética. Alto y musculoso. Con pelo corto y bigote, el cubano caminó decididamente. Sin prisas, pero sin pausas.

Había varias formas de recoger mensajes de los diferentes agentes. La utilizada aquel día por Gerardo significaba que era urgente. Para ello, había elegido la ruta uno. La más rápida. La Seguridad del Estado de Cuba supo de inmediato que Gerardo tenía prisa en que aquello llegara a sus manos.

El agente apodado Ronaldo dobló a la izquierda en la Fuller y siguió hasta la Mozart. Ahí, una derecha y después una nueva izquierda en Columbia road. Ya estaba en pleno Adams Morgan, uno de los barrios más hispanos de la capital. Repleto de negocios con sus carteles en español y donde el inglés apenas se utilizaba.

Ahí siguió recto pasando las calles Qarry, Ontario y Champlain hasta llegar a la Adams Mill. En ese corto trayecto se había girado hacia atrás en varias ocasiones para comprobar si alguien le seguía o veía algún rostro que le resultara familiar. Al no detectar ninguna señal de alarma, giró a la de-

recha y caminó una calle más hasta llegar a la esquina con la Lanier. Justo en ese lugar, y frente a una gasolinera Exxon, había un buzón de correos. El espía dio una vuelta a su alrededor y, en uno de sus lados, vio dos marcas blancas hechas con tiza. Era la señal dejada por Gerardo confirmando que todo estaba bien y que siguiera por la ruta uno. Que no había observado a nadie siguiéndole antes de dejar el «paquete».

El cubano caminó unos cincuenta metros más, hasta llegar al número 2611 de la misma calle Adams Mill. Entonces se acercó a la escalera de entrada al edificio. Allí, en uno de sus extremos, encontró pegado un trozo de cinta adhesiva de color rojo. Eso significaba que el paquete había sido depositado en el punto número dos de recogida. El uno era un buzón personal en ese mismo edificio. El agente dio media vuelta y empezó a caminar en dirección opuesta. Unos doscientos metros más abajo, y en la acera de la izquierda, se detuvo en un café llamado Tryst. Un lugar moderno, informal y repleto de jóvenes bohemios. Tryst, irónicamente, se traducía al español como una cita discreta entre dos personas.

Al entrar, estudió fugazmente las caras de todos los que estaban allí. Después se sentó en la barra y pidió un café.

—¿Dónde está el baño? —preguntó como si no lo supiera.

El teniente de la Seguridad del Estado había visto muchas fotos del bar y un mapa detallado de todo su interior, incluido, por supuesto, el baño.

—Allí, al fondo —señaló la camarera.

Cuando llegó, un empleado estaba colocando un cartel de «No funciona».

—No se preocupe, es sólo para lavarme las manos... —dijo él y entró.

En seguida se dio cuenta de que Gerardo había roto la palanca del baño de una patada para que entrara menos gente.

Sin pérdida de tiempo, levantó la papelería y en el fondo exterior de la misma vio la estilográfica. Estaba pegada al metal con varios trozos de cinta adhesiva. La pluma había sido ubicada en un pequeño hueco, ideado a la perfección para esconderla. Aunque los empleados limpiaran su interior o va-

ciaran la basura, tendrían que buscar específicamente algo ahí para poder encontrarla.

El cubano se la puso en un bolsillo y regresó a la barra. Cuando le llegó el café, comenzó a beberlo con tranquilidad mientras leía el diario El Nuevo Herald, de Miami. De pronto, otro hombre se sentó a su lado.

—Perdone... veo que habla español...

—Sí...

—¿Me permite un bolígrafo un segundito para apuntar un número telefónico?

—Claro... tenga —dijo ofreciéndole la pluma.

El hombre escribió algo en un papel y, en un rápido movimiento de manos, cambió la estilográfica por otra exactamente igual. Todo, a la vista del teniente cubano apodado Ronaldo, que ni se inmutó.

La original acabó en el bolsillo del otro agente, que se despidió y se fue sin más demora. Tras acabar el café, Ronaldo se levantó y emprendió el regreso a la Sección de Intereses de Cuba en Washington.

Los agentes siempre tomaban todas las precauciones posibles. Quienes no tenían inmunidad diplomática podían ser detenidos en la calle con cualquier excusa por el Servicio Secreto estadounidense para registrarles y ver qué llevaban encima. Algo que, en esta ocasión, los cubanos no estaban dispuestos a permitir.

Tan sólo una hora después, ya se estaba realizando una transcripción completa del material enviado por Gerardo Rivera. El contenido tenía que llegar urgentemente a La Habana.

2. LA HORA CERO

AQUELLA ERA UNA noche cerrada. Oscura como pocas. En una sección del puerto de La Habana, sin embargo, había tanta claridad como en un despejado día de verano. Unos potentes reflectores alumbraban hasta el último rincón del muelle nú-

mero diez, donde estaba atracado un inmenso buque de guerra ruso.

El Yamal pertenecía a la antes poderosa flota del mar Negro, integrada en la época soviética por casi cuatrocientas naves y setenta mil militares. Este carguero era uno de los ocho de la clase Vytegrales que Moscú utilizaba para enviar provisiones, munición y armamento a los barcos de su Armada desplazados alrededor del mundo.

Los estibadores ya habían llevado a tierra una buena parte de la carga del navío, pero todavía quedaban por bajar algunos de los voluminosos contenedores traídos desde la ciudad ucraniana de Odessa. Todos ellos eran de forma rectangular y tenían impreso en alfabeto cirílico los mismos letreros sobre su parte exterior: «Fertilizantes» o bien «Medicinas».

Además de los trabajadores del puerto, el recinto estaba repleto de activos soldados cubanos y rusos. Los militares, sin pérdida de tiempo y ayudados por dos enormes grúas instaladas sobre la cubierta del carguero, depositaban en el muelle las compactas cajas metálicas. Acto seguido, los contenedores eran introducidos con rapidez en grandes camiones que partían después fugazmente hacia diferentes y secretas partes del país.

Los rusos vigilaban al detalle todos los movimientos del operativo. Incluso desde el aire, donde un helicóptero Hormone-C, parte de la dotación del propio Yamal, proporcionaba la seguridad necesaria y, de paso, mantenía alejados a los curiosos con su intimidante presencia.

El Yamal, un buque de ciento veinte metros de eslora y capaz de desplazar más de nueve mil toneladas de peso en sus bodegas, había sido especialmente modificado para el transporte de grandes contenedores de carga.

A medianoche, un vehículo todoterreno del Ejército cubano llegó al puerto rodeado de una nutrida escolta. De él descendió un enérgico militar de alta graduación. Un coronel del Ejército del Aire.

—iDobrii vecher, tovarisch Nicolai Sauchenko! —dijo este familiarmente dando las buenas noches en ruso a un oficial del Yamal que dirigía las operaciones de descarga.

—Dobrii vecher, coronel Montero... —le devolvió con amabilidad el saludo el marino y también miembro del servicio secreto ruso—. Aquí está lo que le envían sus amigos ucranianos —añadió utilizando de repente el español, idioma que aprendió tras permanecer más de diez años destinado en la base de submarinos nucleares que Rusia había tenido en Cienfuegos.

—¿Cuántos?

—Veinticuatro.

—¿De qué tipo?

—Los mejores. Lo último. Mírelos usted mismo.

—Compañero, isabíamos que se podía contar con ustedes! —exclamó el coronel cubano mientras envolvía a Sauchenko en un apasionado abrazo.

—Nosotros no nos dejamos intimidar por nadie —afirmó el ruso con orgullo en su rostro.

—Bien... Veamos qué nos ha traído el Kremlin —prosiguió ansioso Montero.

Ambos militares se dirigieron entonces hacia uno de los contenedores que reposaba apaciblemente sobre el piso. Una vez allí, el ruso ordenó a uno de sus subordinados que lo abriera.

Cuando aquel enorme y misterioso bloque metálico fue desprovisto de su puerta frontal, el contenido del mismo quedó a la vista de todos. La carga protegida con tanto celo era un avión de combate a medio ensamblar. Uno de los aparatos de guerra mas sofisticados del Ejército del Aire de Rusia: un MIG-29 Fulcrum del último modelo. El orgullo de la ingeniería aeronáutica bélica de ese país.

El coronel castrista se acercó al caza y deslizó con lentitud su mano sobre las duras planchas de metal del aparato. Para él, aquellas frías láminas de hierro y tuxtено endurecidos eran poco menos que delicado terciopelo.

—Fantástico... fantástico... —repitió entusiasmado.

—Espero que sea consciente del poder de lo que dejo en sus manos... —dijo circunspecto el ruso—. Estas máquinas están hechas para sembrar mucha destrucción y muerte. Hay que utilizarlas con sabiduría. O mejor dicho —se autocorrigió

con rapidez—, hay que saber cómo evitar verse obligado a tener que usarlas.

—Por supuesto, compañero... Por supuesto... —afirmó sonriendo el cubano en un intento por no despertar ningún signo de desconfianza por parte del agente ruso—. Nuestro ejército es sólo defensivo, pero no queremos estar a merced de los yanquis. Con esto en nuestras manos, anularemos cualquier intento de agresión imperialista contra este país.

—Lo entiendo muy bien. En los tiempos que corren de «estás conmigo o contra mí», uno no puede bajar la guardia —dijo Nicolai, claramente molesto.

—Como usted sabe, camarada, este tipo de armamento casi nunca hace falta, pero cuando se necesita hay que tenerlo disponible y listo para combatir o ya es demasiado tarde. ¡Ahora sí estamos seguros! ¡Independientes! ¡Soberanos! Compañero, ¡gracias! ¡Muchas gracias! ¡Que viva Rusia! ¡Que viva Ucrania! —gritó con entusiasmo Montero antes subir de nuevo a su jeep.

Cuando el transporte militar abandonó el puerto, el coronel cubano cogió de inmediato su radio de campaña.

—¿Sí...? ¿Mi general? ¡Todo en orden! ¡Ya los tenemos! Sí. Veinticuatro. Tendría que verlos, mi general... Sí... Impecables... Sí, mi general... ¡A sus órdenes, mi general! ¡Viva el socialismo! ¡Patria o muerte! ¡Venceremos! ¡Viva la revolución!

3. DINERO Y VENGANZA

OLEG ULIANOV ESTABA sentado en una mesa del café Zurich, en Barcelona. Justo frente a la plaza de Cataluña, rebotante de palomas y vendedores ambulantes. Como era habitual, la vibrante ciudad mediterránea estaba siendo visitada por una verdadera oleada de turistas. Muchos comenzaban su ruta hacia el puerto precisamente en ese punto y después caminaban por una de las calles más transitadas del mundo, las famosas

Ramblas, hasta llegar al mar. Era, en definitiva, un lugar público perfecto para pasar desapercibido.

El traficante de armas de Bielorrusia buscó una mesa apartada en el segundo piso y después instaló su computadora portátil inalámbrica frente a él. Ulianov había invertido decenas de miles dólares en un muy sofisticado sistema de seguridad cibernético gracias al cual era prácticamente imposible descifrar el código secreto de sus mensajes. También le gustaba trabajar en sitios bastante frecuentados para, en caso de ser necesario, poder huir con más facilidad entre la multitud.

A las tres en punto de la tarde accedió a una dirección electrónica y leyó sus mensajes. Uno de ellos se titulaba «Regalo de Navidad». El bielorruso dio un rápido clic al ratón y entró en el mismo. «Recibí el regalo. Muchas gracias. El tío Olgúin me lo trajo. Llegó en perfecto estado. Tu regalo también te aguarda. Esperamos verte pronto. Nadia» —decía—. Ese simple mensaje acababa de hacerlo varios millones de dólares más rico. Después, accedió a una de sus cuentas corrientes en un banco ubicado en Barbados y comprobó que el resto de la transferencia ya había sido realizada. Él nunca trabajaba si el cliente no pagaba un treinta por ciento por adelantado.

Ahora era su turno de repartir. La primera transacción fue para el Ministerio de Defensa ruso. Por su asistencia, cincuenta millones. La segunda, para el general ruso que coordinó el envío en secreto. Cinco. La tercera, para el funcionario del Kremlin que apadrinó la idea. Otros cinco. La cuarta, para los políticos ucranianos que facilitaron la operación: quince millones. Para las arcas del Estado de Ucrania, seiscientos setenta y cinco. Por el costo de los aviones. Ulianov ya había enviado doscientos veinticinco millones iniciales. Y, finalmente, para él, quince millones de dólares en efectivo. Cuba había pagado un total de novecientos noventa millones de dólares por los veinticuatro MIGs-29. La mitad de ese dinero venía directamente de La Habana y la otra mitad era un préstamo procedente de una cuenta bancaria controlada por políticos venezolanos.

Ucrania nunca anunció oficialmente la venta de los cazas a Cuba. Todo fue una obra de ingeniería financiera y po-

lítica entre Kiev, Moscú, La Habana, Caracas y Uliánov. Una operación realizada en el más absoluto secreto.

El bielorruso recordaba a la perfección la secuencia de eventos que le garantizaron una de las ventas más lucrativas de toda su carrera como traficante de armas.

La vieja guardia de los políticos ucranianos estaba furiosa con Estados Unidos por sus continuas críticas al régimen del anterior presidente, Leonid Kuchma. Los norteamericanos lo acusaban de corrupto y de haberse convertido en un dictador, así que Washington comenzó a fustigarlo públicamente y a maniobrar para aislarlo, tanto de Europa como del resto del mundo. Cuando el entonces líder opositor Viktor Yushchenko anunció su intención de postularse a la presidencia, resultó obvio que tenía tras de sí todo el respaldo de la Casa Blanca.

El protegido de Kuchma, Viktor Yanukovich, venció en las elecciones, pero la Corte Suprema ucraniana las invalidó por fraudulentas. Eso ayudó a que las siguientes fueran ganadas con comodidad por la llamada «revolución naranja» de Yushchenko. Este hombre, muy atractivo físicamente en otra época, ahora tenía la cara desfigurada por un poderoso veneno. En su partido decían que se trataba de una represalia política y que la orden de poner la dioxina en su comida vino de las más altas cúpulas del gobierno anterior.

Rusia había apoyado abiertamente al protegido de Kuchma, ya que era partidario de seguir bajo la esfera de influencia de Moscú. Yushchenko, el líder opositor, en cambio, quería alejarse del Kremlin para acercarse más y más a la Unión Europea. Moscú estaba extremadamente molesto con la Casa Blanca. Los rusos consideraban que Ucrania, una antigua república soviética, era parte de su «área natural» y que Washington tenía que mantenerse al margen de esa disputa casi «entre familia». Pero no fue así y muchos en el Kremlin culparon a Estados Unidos de que, finalmente, el candidato prorruso perdiera los comicios.

Que un país tan importante como Ucrania se alejara de Moscú fue una píldora difícil de tragar en el Kremlin, pero ese fue sólo el primer motivo de su molestia.

Tras las elecciones, la secretaria de Estado, Condoleezza Rice, criticó en público al presidente ruso, Vladimir Putin. Rice dijo que los esfuerzos de Putin para amasar poder y controlar las cadenas de televisión en su país eran muy preocupantes y que habían minado la democracia en Rusia. En esencia, parecía estar acusándolo de caminar peligrosamente hacia un régimen autoritario. Y no sólo eso. La diplomática añadió que el manejo del gobierno ruso de algunos casos en los tribunales de justicia habían «sacudido la confianza de la gente» y que podrían afectar de forma negativa a futuras inversiones en ese país. En la mente de muchos, se refería al juicio contra el magnate petrolero Mikhail Khodorkovsky, ex presidente de la compañía Yukos y antes el oligarca más rico de Rusia. Algunos acusaban al Kremlin de haber manipulado la ley a su antojo para prácticamente expropiar Yukos a Khodorkovsky antes de que este tuviera la oportunidad de defenderse. ¿El motivo? Financiar a grupos opositores a Putin.

Esas declaraciones de la secretaria de Estado socavaron temporalmente la confianza en los mercados financieros de Rusia, algo que, esta vez sí, sacó de quicio a Moscú. Ya no se trataba de simples palabras, sino de la amenaza de una pérdida masiva de dinero. En el pasado reciente, Rusia, debido a esa misma preocupación, ya había visto fugas de capital de miles de millones de dólares. Dinero de empresarios tanto locales como internacionales temerosos por la estabilidad del sistema. Bastante tenían con protegerse de la delincuencia organizada y los constantes sobornos burocráticos como para, encima, tener que estar pendientes de que alguna persecución política los dejara en la ruina. Y en ese contexto, lo último que las autoridades rusas querían escuchar eran palabras como aquellas de Rice, echando aún más leña al fuego.

—Hay que hacer algo. No nos podemos quedar cruzados de brazos. Si quieren jugar con fuego, tenemos que demostrarles que ellos también pueden quemarse. ¿Cómo se atreven a darnos lecciones de democracia cuando ellos invaden cualquier país que les venga en gana sin dar explicaciones a nadie? ¿Cómo se atreven a venir a desestabilizar nuestro sistema financiero infundiendo miedo de esa forma? Hay que tomar re-

presalias. De lo contrario, la próxima vez será aún peor —sentenció furioso un alto funcionario del Kremlin al dar la autorización final para la venta de los aviones MIG a Cuba.

Oleg Uliánov sabía que Cuba estaba buscando activamente MIGs-29, pero también que casi nadie se los quería vender para no enfrentarse a los Estados Unidos, la única superpotencia mundial todavía existente. Enviar armas a un país que después pudiera usarlas contra Washington podría tener consecuencias imprevisibles, pero seguramente ninguna positiva.

Tras el intento de golpe de estado en Venezuela, conseguir varias decenas de los más modernos aviones de combate rusos también se convirtió en una verdadera prioridad para el presidente de ese país, Hugo Chávez. En especial, los MIGs-29 de la última generación. Los más sofisticados del mercado. Un modelo altamente secreto de los MIGs-29 SMT, equipados con armas de la más alta tecnología, como misiles guiados por radar y bombas de dos mil libras. A la lista, también se añadían varios cazabombarderos SU-27 y otros del modelo SU-25. Estos últimos, especializados en ataques aire-tierra. Para costear esos aviones, así como otros sistemas de armas, Caracas había reservado nada más y nada menos que cinco mil millones de dólares. Dinero que provenía de las excelentes ganancias de un cada vez más caro petróleo.

Moscú podía atreverse a vender aviones de combate abiertamente a Venezuela, incluso MIGs-29. Rusia era un país poderoso y Washington mediría mucho sus represalias. Sin embargo, el Kremlin sabía que enviar a Cuba una edición de los MIGs-29 SMT provocaría una reacción de ira por parte de Washington. El Pentágono conocía muy bien las cualidades de ese aparato y la abrumadora diferencia en calidad técnica comparada con los modelos anteriores. Permitir la presencia de esos cazas cerca de territorio norteamericano era, simplemente, un peligro demasiado serio para la seguridad nacional de los Estados Unidos. Algo que la Casa Blanca consideraría como inaceptable.

No obstante, Venezuela era un tema aparte. De hecho, distintos aviones de transporte rusos Antonov AN-24-200

tipo Condor habían aterrizado hacía ya varios meses en la base aérea venezolana de Libertador con varios MIGs-29 M2 Fulcrum completamente operativos. Allí, diversos pilotos cubanos entrenaban sin descanso a un grupo muy cuidadosamente escogido de aviadores venezolanos para el uso de esos MIGs. El proceso de selección era rigurosísimo y sólo lo pasaban militares con una lealtad ciega al régimen chavista.

Estados Unidos había protestado contra cualquier venta de armamento a Venezuela, pero sin éxito. Las percibía como una amenaza directa. Primero, por lo que Caracas pudiera hacer con esas armas en Latinoamérica. Segundo, porque serían usadas para matar soldados estadounidenses en caso de que Washington decidiera finalmente invadir Venezuela para derrocar a Chávez.

El embajador en funciones de Venezuela en Paraguay, Elmer Niño, había dicho a la prensa de Asunción que Washington estaba preparando una invasión contra Venezuela para controlar el petróleo del país. Según él, igual que hicieron en Irak. «Venezuela es el principal exportador de petróleo de Latinoamérica y el segundo productor tras México. Tenemos reservas estratégicas para los próximos trescientos cincuenta años», afirmó. Incluso el mismo presidente de Venezuela, Hugo Chávez, se sumó a las acusaciones de invasión. Según él, el Pentágono ya estaba realizando ejercicios militares con ese fin. El mandatario dijo que uno de los planes era apoderarse inmediatamente de los yacimientos de petróleo del país y bombardear ciudades como Caracas, Valencia y Maracay. Chávez afirmó que sus fuerzas ya se estaban preparando para repeler esa invasión y, de producirse, prometió «una guerra de cien años que se expandiría a otras partes de Latinoamérica». La adquisición de los MIGs parecería un paso para defenderse de algo así, aunque no pocos veían esa compra, más bien, como una maniobra ofensiva de Caracas para intimidar a países vecinos como Colombia, cuyo gobierno tenía cada vez más sospechas sobre las verdaderas intenciones del régimen de Chávez.

Muchos en Bogotá decían que Chávez apoyaba a los guerrilleros colombianos y que ya les traspasaba en secreto

fusiles de asalto y municiones. Unos médicos cubanos que habían desertado de su misión en Venezuela declararon públicamente que a menudo se les obligaba a curar a guerrilleros de la FARC heridos en combate, algo que aumentó aún más la controversia. En otra ocasión, un alto dirigente de ese mismo grupo fue secuestrado en Caracas por mercenarios que después lo entregaron a Bogotá. No pocos en Colombia insistían en que el guerrillero vivía tranquilamente en Caracas bajo la protección de Chávez. A pesar de los continuos intentos de ambos gobiernos por desdramatizar la situación, las tensiones eran obvias y no hacían más que crecer.

Miembros del servicio de inteligencia venezolano iban más allá y, en privado, incluso decían que Venezuela y Colombia marchaban inexorablemente hacia una guerra. Según ellos, Washington utilizaría al gobierno de Bogotá para combatir contra Caracas, ya fuera de forma directa o creando un grupo militar subversivo. «Igual que, en su día, usaron a la Contra para atacar a los sandinistas en Nicaragua», afirmaban. Repetían que todo lo que estaba ocurriendo era una estrategia trazada minuciosamente para ir enfrentando poco a poco a la opinión pública colombiana contra el régimen de Venezuela. Mentalizarla de la «amenaza chavista» para después conseguir el apoyo popular para una guerra. El objetivo: derrocar a Hugo Chávez y, con gran soporte logístico y material norteamericano, dar de paso un golpe demoledor a las FARC y al narcotráfico. «Si invadieron Panamá, que no tenía ni una gota de petróleo, ¿cómo no van a hacer lo mismo con Venezuela, que le brota por las venas?», repetían. En juego también estaban las segundas mayores reservas petroleras del planeta. Las ubicadas en la cuenca del Orinoco y en La Guajira, eternamente disputadas por Colombia y Venezuela.

En el caso de Cuba, la pregunta era clara para Ulianov: ¿cómo comprar esos aviones MIG en secreto y sin dañar seriamente las relaciones entre Washington y Moscú? El bielorruso, un auténtico especialista en este tipo de situaciones y con todos los contactos del mundo tanto en Rusia como en los países de la antigua Unión Soviética, elaboró un plan en apenas dos semanas.

El plan: Rusia vende veinticuatro aviones MIG-29 SMT a Ucrania y después Kiev los revende a Cuba. Dado que la Armada ucraniana no dispone de navíos de esa capacidad, Moscú utiliza su flota para transportar los aparatos a ambos países. El uso de cualquier barco mercante privado haría casi imposible mantener el secreto del operativo. El Yamal se encarga de la misión. De esa forma, Rusia siempre puede decir que el destino de los aviones era Ucrania y que no es responsable si después Kiev los envía a un tercer destinatario. Si la operación se descubre, los funcionarios ucranianos alegan desconocimiento, ya que ha sido una venta militar secreta y con muy poca gente involucrada. Eso, o decir que ellos sólo estaban cumpliendo órdenes procedentes de la cúpula política y castrense. ¿De quiénes? Nadie lo podría decir con exactitud porque las instrucciones siempre se habían transmitido por canales confidenciales. Algo muy normal en el funcionamiento de regímenes burocráticos, turbios y con mucho secretismo como casi todos los ex soviéticos. Como resulta obvio, los escasos documentos existentes son destruidos de inmediato, de forma que resultaría casi imposible poder investigar lo ocurrido. Las pocas personas que en verdad sí sabrían qué sucedió tendrían demasiado dinero en el banco como para querer hablar o bien miedo a serias represalias. El silencio estaba prácticamente garantizado.

Además, ese tipo de ventas, en realidad, tampoco sorprenderían a nadie. Ucrania ya había sido acusada de exportar sofisticados equipos de radar al régimen de Saddam Hussein antes de la guerra en Irak. Ventas que violaban de forma clara el embargo de armas impuesto por las Naciones Unidas y que enfurecieron a Washington porque aumentaba el peligro de que sus pilotos fueran derribados por la artillería antiaérea iraquí.

Es decir, la Ucrania postsoviética tenía un claro pasado de venderse al mejor postor, fuera o no legítimo ante los ojos de la comunidad internacional. Y una vez el gobierno de Kuchma se enemistó abiertamente con Washington, el problema se agravó aún más, comenzando a vender material militar a cualquier país que se lo comprase. Según ex funcio-

narios ucranianos, algunos de los clientes eran Corea del Norte, China e Irán.

El llamado Ministerio de Construcción de Maquinaria, el misterioso y altamente secreto Ministerstvo Mashinostroeniya, fue el encargado de materializar la venta de los MIGs. Se trataba del ministerio más involucrado en la venta de armamento a otros países.

La transacción inicial se había realizado antes de la subida de Viktor Yushchenko al poder. Sus enemigos sabían muy bien que después de esa fecha sería imposible hacerlo. Sin embargo, los aviones se entregaron algunos meses más tarde. Las fábricas de aviones rusas necesitaron de cierto tiempo para finalizar la producción de los aparatos y añadirles todas las especificaciones militares exigidas por las autoridades cubanas. Moscú había recibido un fuerte pago inicial y el resto se le abonó al realizar la entrega física de los cazas.

La máxima de Kiev fue clara: vengarse de Washington por ayudar a la oposición a sacarlos del lucrativo gobierno en el que estaban atrincherados desde la independencia, enriquecerse lo máximo posible antes de abandonar el poder y, de paso, dejar una verdadera «mina política» a Yushchenko. Cuando se descubriera la venta y la fecha de la misma no resultara del todo clara, tendría que verse las caras con quienes tanto lo habían ayudado: los propios estadounidenses.

La Fuerza Aérea Revolucionaria de Cuba, la FAR, disponía de unos ciento treinta aviones de combate, de los cuales únicamente veinticinco eran operacionales. Es decir, que estaban en condiciones de volar. La constante crisis económica por la que atravesaba Cuba tras la caída de la Unión Soviética, la falta de repuestos y el alto precio del combustible hacían que los cazas de La Habana apenas tuvieran un promedio de cincuenta horas de vuelo al año. Básicamente, yacían en los hangares a la espera de una orden de combate que nunca llegaba.

Todos los aviones cubanos habían sido fabricados en Rusia. En concreto, los modelos MIG-21, MIG-23 y MIG-29. Sin embargo, el MIG-29 era el único realmente moderno y capaz de enfrentarse con éxito a los cazas occidentales. En teo-

ría, el arsenal cubano disponía de seis MIG-29 de principios de la década de los noventa, pero la realidad era que la isla sólo tenía tres en buen estado.

De repente, hacerse con dos docenas de los mejores aviones de combate rusos se convirtió en una auténtica obsesión para el régimen cubano. Un interés que Ulianov no acabó de entender en aquel momento. Sin embargo, para él el motivo era lo de menos. Lo único cierto es que se le había presentado la oportunidad de engrosar significativamente su cuenta corriente y, por supuesto, no la dejó escapar.

4. EL GENERAL

EL HOTEL COLINA, situado entre las calles 27 de noviembre y la L, era un lugar apacible. El edificio, de la década de los cincuenta, tenía una fachada de color amarillo y grandes ventanales blancos a través de los cuales podía divisarse el cercano parque de José Antonio Mella y las espectaculares escalinatas de la Universidad de La Habana.

Colgada de un mástil, la bandera cubana ondeaba orgullosa sobre la entrada del hotel, construida a base de sólidas columnas marrones que, a pesar de los años, se conservaban en perfecto estado.

El pequeño bar del Colina casi nunca estaba lleno. Para llegar allí, se giraba inmediatamente a la izquierda después de pasar por la recepción. El recinto era íntimo, con apenas algunas mesas casi escondidas en sus cuatro rincones y una antigua barra de madera de roble donde se preparaban todo tipo de cócteles tropicales.

Los clientes del hotel no se reunían en ese bar para organizar ruidosas fiestas, sino, más bien, para conversar con serenidad. Un pequeño grupo de turistas y empleados cubanos del Colina veían las noticias a través de un viejo televisor polaco.

«Buenas noches...», comenzó el locutor del noticiero

nacional de la televisión cubana, Carlos Soria, que vestía un sobrio y modesto traje marrón claro con una camisa blanca y corbata roja.

«Hoy se produjeron numerosas protestas en Moscú contra el gobierno del presidente Vladimir Putin. La mayor parte de los manifestantes eran jóvenes universitarios que quemaron varias fotografías del líder ruso, acusándolo de dictador y de querer reimplantar un régimen similar al de la antigua Unión Soviética», prosiguió Soria leyendo sobre un anticuado fondo compuesto por un mapamundi blanco y azul con líneas horizontales grises.

«Los estudiantes chocaron contra la policía y hubo numerosos heridos. Durante las manifestaciones, también se quemaron banderas soviéticas y de los países que aún son fieles al comunismo, como Corea del Norte y Cuba», dijo el locutor mientras se veía arder una bandera cubana. Segundos después, un joven sacó una foto de Fidel Castro y también la carbonizó mientras la pisoteaba con furia.

«El Kremlin aseguró que no permitirá que unos cuantos revoltosos alteren el orden público y que tomará más acciones si la violencia continúa. Muchos en Moscú sospechan que la embajada estadounidense ha animado a los estudiantes a manifestarse. El objetivo sería poner presión al gobierno de Putin para que adopte las reformas económicas que quiere Washington».

Todo lo que salía en los medios de comunicación cubanos estaba prácticamente escrito por el gobierno de La Habana. Las autoridades habían permitido la emisión de esa noticia por varios motivos. Primero, para vender la idea de que, de alguna forma, cualquier gobierno tiene derecho a reprimir manifestaciones en su contra. Un claro mensaje tanto para los disidentes como para la población en general. Segundo, para intentar convencer a los cubanos de que Rusia, tras la caída de la Unión Soviética, estaba cayendo en un caos. Y tercero, para que los cubanos más nacionalistas se indignasen al ver cómo quemaban la foto de Fidel Castro.

El viceprimer ministro del Interior y máximo responsable del aparato de inteligencia y contrainteligencia de La Ha-

bana, el general Carlos Hernández, suspiró profundamente tras el fin del noticiero. Acto seguido, apagó con decisión el monitor televisivo de su oficina. En su mano derecha tenía la grabación enviada desde Washington por Gerardo Rivera, pero, con o sin ella, el militar parecía ir convenciéndose poco a poco de que su decisión final sólo podía ser una. Que era inevitable.

—¡Este juego se tiene que acabar! ¡No somos ningunos cobardes y hemos de demostrárselo al mundo! Los rusos han traicionado sus propios ideales, pero nosotros no lo haremos. ¡No! ¡Nosotros sí decimos con orgullo que amábamos a la Unión Soviética! ¡Hay que escribir un nuevo capítulo en la historia contra el imperialismo yanqui! ¡Con o sin los malditos rusos! Quizás el comunismo muera en Europa sin presentar batalla, ¡pero aquí no! —dijo para sí con ira el militar antes de abandonar su despacho con un rostro visiblemente alterado.

5. LA FUGA

ESTA NO SERÍA una jornada más en el calendario para Héctor Lara.

Héctor se despertó al amanecer. Como siempre desde que comenzara en su nuevo trabajo. Al abrir sus ojos, el joven cubano corrió enérgicamente hacia un lado la cortina que tenía justo frente a su lecho. Entonces, a través de la ventana, pudo ver cómo las sábanas colgadas en la terraza de su apartamento se movían con rabia sacudidas por el viento. Instantes más tarde, era el cuerpo del mismo Héctor el que se hallaba nadando entre aquellos suaves y blancos trozos de tela ya secos.

Tras cerciorarse de que nadie le observaba, Héctor puso algo de saliva en uno de los dedos de su mano derecha y después lo levantó para comprobar en qué dirección soplabla el viento.

—¡Del sur! —susurró con satisfacción viendo que tenía ante sí un cielo casi por completo despejado y un mar sin apenas oleaje. Un día perfecto para escapar de Cuba. Un día para el que se había estado preparando durante meses.

Los vientos del sur eran inusuales antes del invierno. Si se producían, solían ser débiles y no duraban más de dos o tres días. Sin embargo, podían resultar de gran utilidad como primer empujón para comenzar a distanciarse de la isla.

Al cabo de unos minutos, el teléfono de la casa de Héctor comenzó a sonar. El cubano lo descolgó con rapidez y sigilo, procurando no despertar a nadie.

—Aló...

—¿Héctor?

—El que habla.

—Soy Alberto.

—Ah... Buenos días, hermano...

—Escucha. La cena con la familia de Sancti Spíritus va a ser hoy.

—¿Hoy?

—Sí. Las condiciones son ideales. Asómate a la ventana y verás.

—Ya lo hice. Eso parece, ¿no?

—Afirmativo.

—¿Estás seguro, viejo?

—Sí. ¡Ahora o nunca! ¡Ha llegado la hora de la verdad! ¿Ocá?

—De acuerdo... de acuerdo... Hoy... —se dio ánimos Héctor—. ¿A qué hora?

—A eso de las diez de la noche.

—¿Ya saben dónde será la cena?

—En la playa de Cojímar. Calle República de China número once —dijo Alberto.

—Muy bien. Adiós.

Tras recibir la señal en clave de quienes, protegidos por la oscuridad de la noche, le ayudarían a huir de la isla, Héctor puso en una bolsa deportiva todo lo imprescindible para sobrevivir una travesía que podría durar un largo número de días: varias botellas de ron, pan, agua, latas de carne, galletas,

una linterna, un mechero, fósforos, sedal, anzuelos, carnada, un abrelatas, un cuchillo y un juego de cartas. Después regresó a la cama durante algunos minutos más pensando que ese podría ser su último día en Cuba durante mucho tiempo. Quizás, incluso para el resto de su vida.

A las seis de la mañana, Héctor se levantó otra vez y partió con normalidad hacia su trabajo: una fábrica de tabaco situada en las afueras de la capital. El cubano tenía que seguir, paso a paso, su rutina diaria para no levantar ningún tipo de sospechas.

6. LAS LÁGRIMAS DE UN ADIÓS

HÉCTOR LARA SE APRESTÓ a salir de su apartamento hacia las siete de la tarde sin despedirse de los suyos. A pesar de su natural sangre fría, ese día no encontró el temple necesario para decir a su familia un «hasta luego» cuando sabía que, en realidad, aquello era un casi definitivo «adiós».

Por otro lado, tampoco podía confiar en nadie. Ni siquiera en los miembros de su propia familia, ya que varios de ellos simpatizaban con el régimen e incluso eran dirigentes de los llamados Comités de Defensa de la Revolución, o CDR. Es decir, los vecinos encargados de hacer respetar las órdenes del Partido en todos los barrios del país y que denunciaban sistemáticamente a quienes no las cumplían.

Que alguien, incluso entre parientes cercanos, delatase a otro a las autoridades por querer escapar de Cuba o bien por desarrollar actividades contra el sistema no era algo inusual, sino ya bastante visto en la isla. Además, cualquier filtración, aún realizada sin mala voluntad, podría ser fatal. No sólo para él, sino también para todos los que dependían de Héctor en aquella peligrosa aventura.

A pesar del sigilo empleado por el cubano, su inquieta abuela le sorprendió justo momentos antes de que cerrase la puerta tras de sí en su camino hacia la calle.

—¿Adónde vas a estas horas, mijito? —le preguntó extrañada.

Héctor se giró, la abrazó con fuerza y acarició después con delicadeza su cabello repleto de canas.

—A la playa... —afirmó titubeante y cabizbajo.

—¿A la playa, chico? Tú nunca vas a la playa a estas horas. ¿A qué vas, mi niño? —insistió la anciana, ya más preocupada al intuir que la gravedad del rostro de su nieto no podía significar nada bueno.

—Voy a... nadar.

—¿Y esa bolsa? —cuestionó de nuevo la pequeña y regordita Sara, que tenía un gigantesco puro habano colgando de sus labios. Una afición suya de toda la vida, la de fumar, que ahora, con Héctor trabajando en una fábrica de tabaco, podía satisfacer casi a diario.

—Una toalla. Una trusa...

—¿Una bolsa tan grande para una trusa y una toalla?

—No hagas preguntas, abuela. Voy a nadar lejos... muy lejos. ¿Entiendes?

Sara hundió sus ojos en los de su nieto y, de repente, experimentó una sensación horrible al sospechar que este ya nunca regresaría. Su cuerpo quedó transpuesto, tembló y sólo la pared situada detrás de su espalda evitó que cayera desplomada contra el suelo. Sin embargo, al observar la mirada de Héctor, Sara enseguida comprendió que, aunque quisiera, seguramente su amado Hertico tampoco podía decirle la verdad.

—¡Quédate, mijito! ¡Eso es peligroso! —dijo ella casi sin poder hablar mientras las primeras lágrimas comenzaban a deslizarse por sus mejillas.

—No te preocupes, abuela. No hay problema... —añadió Héctor, al igual que Sara, semiparalizado por una asfixiante angustia.

—Mi pequeño, no te vayas. No quiero que te pase nada. ¡No quiero perder a mi único nieto!

—Por favor, no lo hagas más difícil de lo que ya es... Me gustaría quedarme, pero necesito encontrar un lugar donde pueda vivir tranquilo... con más oportunidades... —dijo él con

sus ojos también humedecidos.

A veces el cubano tuteaba a su abuela. Algo inusual en la isla, pero un hábito que el resto de la familia también compartía.

—Abuelita... Te quiero... te quiero mucho, pero tiene que ser así. ¿Es que no lo ves?

—Si te vas ahora, quizás no te vea más. ¿Por qué ha de ocurrir esto? —preguntó enfadada Sara alzando de pronto su voz—. ¿Por qué tenemos que sufrir de esa manera tan cruel las familias cubanas? ¡Esto no es justo, mi hijo! —exclamó después.

—Abuela, por favor, no me preguntes nada ahora. Tienes que comprender.

—Mi negrito... Querría decirte tantas cosas en estos momentos...

—No hace falta, Sara. Las sé todas.

—¡No! ¡Tú no sabes lo mucho que te quiero, mi niño!

—Sí. Claro que lo sé. Yo también te quiero mucho.

—¡Abrázame, Hertico! ¡Abrázame fuerte! Quiero poder recordar para siempre el olor de tu piel... —dijo la anciana mientras hundía su cabeza en el pecho de su nieto.

—Sara, ¡cómo podría explicarte lo que siento! ¡Si casi no puedo ni hablar! —exclamó Héctor Lara secándose la cara con su mano derecha! ¡Mírame! ¡Parezco un niño!

—Mijito... No rompas así mi corazón... —susurró Sara al oído de Héctor mientras pegaba su cuerpo más y más al de él.

—Abuela...

—Dime, mi niño... —dijo ella con delicadeza observando los congestionados ojos de su nieto.

—No importa si nos separa un mar, yo siempre estaré contigo y tú conmigo. ¿Entiendes?

—¡Esos degenerados comunistas! ¡Qué daño nos están haciendo! —explotó la cubana separándose repentinamente de su nieto.

—¡Cállate! —apuntó con rapidez Héctor haciendo ademán de taponarle la boca—. ¿Estás loca o qué? ¿Qué es lo tuyo? ¡Podrían oírte los vecinos!

—¡Me importa un carajo! ¡Esos desgraciados! ¡Salvajes!

¡Malditos comunistas!

—¡Sara, ya! —gritó el joven sacudiendo con sus manos el cuerpo de su abuela en un intento por tranquilizarla.

La anciana sintió una pena sin límites, un inmenso vacío que, poco a poco, ocupó toda su alma.

—¿Y la familia, chico? ¿No vas a despedirte? —afirmó reponiéndose momentáneamente.

—No soy capaz. Nunca pude fingir con quienes quiero de verdad, pero si algo me ocurriese y no volvieran a saber de mí, díles... díles, abuelita, que...

—¿Qué, mi amor?

—Díles que son lo más importante para mí. Ustedes y mi país, pero tengo que irme. ¡Por favor! ¡No puedo romperme ahora! ¡He de ser fuerte! ¡Va a ser duro! No ha sido fácil decidirme. ¿Sabes lo doloroso que es dejar atrás a tu país y a toda tu familia? ¿Hay acaso algún sacrificio más grande, abuela?

—Hijo mío, cuídate mucho. ¡Ve con Dios! —dijo Sara en un tono mucho más cariñoso que antes y pasando su mano con ternura sobre el rostro de su nieto—. Tienes razón. Este país está condenado al sufrimiento. Si yo tuviera tu edad, también me iría de este purgatorio. ¡Mi amor siempre estará contigo! —añadió fundiendo una vez más su pecho contra el de Héctor para después escapar entre sollozos a su habitación.

7. PUNTO DE NO RETORNO

HÉCTOR SE SUBIÓ a una guagua en dirección a la zona este de La Habana. El autobús, un despintado y destartado Ikarus húngaro, estaba repleto de pasajeros. Quienes no cabían dentro, viajaban colgándose de unas fuertes barras de hierro que habían sido instaladas en el exterior del vehículo precisamente con ese fin.

La escasez de combustible obligaba a la inmensa mayoría de cubanos a utilizar el poco transporte público disponible

para realizar sus actividades diarias. La opción era esa o desplazarse de un lado a otro en simples bicicletas importadas desde Pekín.

Tras recorrer unos tres kilómetros, Héctor llegó al barrio de pescadores de Cojímar. Una vez allí, fue a la calle República de China número once, tal y como le indicaran.

Las semiderruidas casas de esa zona, así como las de otras muchas partes de Cuba, parecían querer desmoronarse en cualquier momento. Casi ningún vecino disponía del dinero o de los materiales necesarios para reparar las numerosas averías y el desgaste generados a través de los años.

Héctor llamó a la puerta y, al cabo de algunos segundos, abrió una corpulenta mulata de mediana edad. La mujer lucía un alegre y tropical vestido de flores y su pelo estaba repleto de rulos de color rosa envueltos en un destelleante pañuelo azul celeste.

—¿Sí...? —dijo la mujer.

—Vengo al aniversario del señor Carlos.

—Ah... cómo no... qué bien... ¿Y ya sabe usted cuántos años cumple el señor Carlos hoy? —preguntó la mulata mostrando un gesto de desconfianza en su rostro.

—Sí, claro. Aunque no los aparenta, cuarenta y cinco.

—¿Cuarenta y cinco? ¿Está seguro?

—¡Ay! ¡Perdón! ¡Qué tonto soy! Quise decir, cuarenta y tres...

—¡Efectivamente, mi amor! ¡Pase! —dijo la señora, ya más relajada, al comprobar que Héctor sabía el santo y seña acordado por quienes querían fugarse del país—. ¡Bienvenido a la casa de la libertad! —añadió después con una pícaro y cómplice mirada.

—¿La casa de la libertad?

—Claro... porque esta es tu puerta hacia una nueva vida —respondió con una amplia sonrisa la señora exhibiendo su blanca y perfecta dentadura.

—Espero que así sea... —dijo escéptico el cubano.

Al pasar al interior, Héctor vio a seis personas. Cinco hombres y una mujer. El grupo había estado preparando su huida durante cuatro interminables meses.

Tan sólo uno de los balseros, Manolo González, se iba por razones abiertamente económicas y no políticas, aunque muchos pensaban que ambos factores eran, en realidad, inseparables.

Manolo era un musculoso y extrovertido ex militar que ahora trabajaba como profesor de gimnasia en La Habana.

—¡Me fascina Miami! —les dijo a los otros en un intento por relajar el tenso ambiente y sin que nadie le hubiera preguntado nada—. ¡Me fascina! —repitió inquieto mirando hacia el suelo.

—¡Pero si nunca has estado en Miami, hermano! A lo mejor ni te gusta y acabas yendo a Nueva York o a otra parte del país —añadió en tono jocoso Alberto Torres, el organizador del grupo.

—¡Es igual! ¡Cualquier parte será mejor que esto! No sé lo que es el capitalismo, pero, chico, sí sé una cosa: que no puede ser peor que el comunismo. Allí se tiene que vivir mejor que aquí. ¡Mira! —dijo extendiendo sus fornidos brazos—. Tengo buenos músculos para remar y voy a llegar a los Estados Unidos. ¡Cueste lo que cueste! —afirmó después mientras echaba una mirada a sus viejos y entrecortados pantalones jeans—. En Miami podré comprarme unos nuevos. ¡No como estos!

—¡Pitasas! ¿Es que sólo te interesa eso? —intervino de repente Armando López, otro de los integrantes del grupo—. Tu pueblo está agonizando por la represión política y el hambre y tú de lo único que te preocupas es de conseguir jeans que no puedes encontrar en Cuba —apuntó después en tono desafiante y mostrando la clara disparidad de motivos que inducían a ambos a escapar de la isla.

—Este país no es para gente joven como yo, sino para viejos sin ambiciones. ¿Qué hay de malo en aspirar a una vida mejor? —respondió con agresividad Manolo González.

—Nada, hermano, pero ya veo que, cuando llegues a Miami, te olvidarás muy rápido de los que se quedaron atrás —afirmó Armando, músico de profesión—. De los que no tuvieron la misma oportunidad que tú para huir de este infierno. Entonces no te importará que continúe el mismo sistema en

Cuba porque, sencillamente, tú ya estarás muy lejos. ¿Me equivoco? ¡Hay que seguir luchando contra el comunismo desde Miami!

—Oye, chico, venacá. ¿Quién te crees tú que eres para hablarme de esa forma? —dijo un cada vez más acalorado Manolo mientras se levantaba de su asiento para situarse justo frente a Armando. Cara a cara—. ¡Yo hago lo que me da la gana! ¡Vaya! No tengo que dar explicaciones a nadie de mis ideas y mucho menos a ti. Me voy para no tener que seguir obedeciendo órdenes, así que deja ya de comportarte como otro de los represores a quienes tanto criticas —añadió señalando inquisidoramente a Armando con el dedo índice de su mano derecha.

—Con esta juventud Cuba jamás logrará ningún cambio. Sólo les preocupa lo inmediato. ¡Vivir bien! ¡Nada más! ¡No hay quimbe con ustedes, compay!

—¡Esto está de madre, socio! ¡Tienen razón los que dicen que todos los cubanos tenemos un pequeño dictador dentro! ¡Mira tú! ¡Tanto hablar de libertad y tienes más madera de déspota que los del mismo Partido!

—¡Le ronca! ¡Tremendo patriota estás tú hecho!

—¿Ah, sí? —señaló en tono irónico Manolo—. Si fuera necesario, yo derramaría hasta la última gota de sangre de mi cuerpo por defender a Cuba, pero no a «esta» Cuba —matizó con rabia—. He escuchado demasiadas historias de militares cubanos que tuvieron que matar a mucha gente inocente en Angola por unos ideales en los que nunca creyeron y no quiero que, cuando yo tenga hijos, eso también les pase a ellos.

—Los problemas no se solucionan dándoles la espalda, ¿escuchaste?

—Mira, guapo, que eres muy guapo tú. Yo no estaría a punto de subir a esta balsa si los de tu generación no hubieran cometido todos los errores que cometieron. ¡Ustedes son los primeros culpables de cómo está el país, coño! ¿Con qué moral te atreves tú a hablar ahora? ¿Eh?

—¡Qué tronco de yuca eres!

—Se te cae la baba por la boca hablando de libertad y no eres más que un pequeño y amargado cobarde que se escapa

asustado en balsa. Y no sólo eso, sino que, además, te atreves a echarme en cara que yo haga lo mismo que tú: huir. ¿Tan culpable te sientes? —agregó Manolo con un marcado resentimiento en sus ojos—. Si eres tan valiente, ¿por qué no agarras una pistola y te vas a pegar un tiro a quien tú ya sabes para acabar de una vez con todo esto?

—¡Tremendo ejemplar!

—¡Anda! ¡Vete al carajo!

—¡Al carajo te irás tú con tus jeans, hermano!

—¿Sabes qué? Ahora te vas a ganar un piñazo, ¡vaya! ¡Qué comemierda! —explotó finalmente Manolo.

—Sí. Ahora insúltame. ¿Qué es lo próximo? ¿Pegarme de verdad? Anda, gigantón. ¡Pégame! ¡Dale! ¿A qué esperas? ¡Dame un cocotazo! ¡Demuéstrame lo guapo que eres! ¡Vamos! ¡Dame! —gritó desafiante Armando.

Manolo González, durante algunos segundos, vio reflejado en su mente cómo su puño se estrellaba con fuerza contra el rostro de Armando, aplastando su nariz y derribándolo después al suelo. Una imagen que le llenó de placer. No obstante, el brazo del profesor de gimnasia se paralizó justo antes de salir catapultado. Manolo, aunque su rabia todavía seguía a flor de piel, respiró entonces un par de veces con profundidad para tranquilizarse.

—Parece mentira que gente como tú intente dar lecciones a los que tuvimos que heredar todos sus errores —continuó Manolo, ya más calmado al darse cuenta de que había estado a punto de cometer una tontería—. Primero, permitiendo la dictadura de Batista y luego la revolucionaria. No creo que sean ustedes los más indicados para hablar. Lo mínimo que pueden hacer es callarse la boca y no armar bulla. ¡Por Dios! —añadió conteniendo aún con dificultad las ganas de hundir sus nudillos contra la cara de Armando.

—¡Ya, chicos! ¡Ya! —intercedió Alberto, un ex preso político que ayudaba constantemente a escapar de Cuba a cuantas personas podía—. Todos estamos muy nerviosos. ¡Demasiado tensos! No comencemos a fajarnos ahora o jamás conseguirán llegar a Miami. ¡Jamás! ¿Me escuchan? ¡Hemos de estar más unidos que nunca porque sino todo se viene

abajo! —gritó agarrando con energía a ambos por sus brazos.

Tras el paso de algunos difíciles e interminables momentos de absoluto silencio, los ánimos comenzaron a regresar a la normalidad.

—Lo siento. ¡Esto me tiene loco! —dijo de pronto Manolo dirigiéndose a Armando.

—No, oye, perdóname a mí, hermano. ¡Perdí la cabeza! Sé por lo que estás pasando. Todos queremos a Cuba. ¡Dios mío! ¿En qué estaría yo pensando? —se recriminó Armando mientras abrazaba a Manolo.

Héctor observó con atención toda la disputa, pero sin sorprenderse en lo más mínimo de su intensidad. Escapar de Cuba no era sólo una decisión trascendental para las vidas de todos aquellos balseros, sino que, además, nadie podía garantizar que llegaran vivos a la Florida. Era lógico que, sometidos a semejantes presiones, alguien acabara perdiendo los nervios.

Minutos después, y olvidada ya la discusión, el grupo prosiguió con su plan. Tal y como estaba previsto, a las once en punto de la noche, los cubanos desenterraron cinco sacos del amplio patio de la casa. Dentro estaban las distintas partes de dos balsas que pronto comenzaron a ser ensambladas en la orilla de la playa.

—Esta es la hora ideal para lanzarse a alta mar —dijo Alberto mirando su reloj.

—¿Por qué? —preguntó Héctor—. ¿Por qué has decidido que sea precisamente a esta hora?

—¿No ven acaso la telenovela brasileña en tu casa?

—¿La telenovela? Sí, claro... —pareció no comprender Héctor.

—Es algo irónico, pero nadie se la pierde. Ni siquiera los guardafronteras. Las calles se vaciarán en tan sólo segundos y entonces nadie se acordará de otra cosa que no sea la televisión. Ya verás —vaticinó Alberto con una sonrisa traviesa y casi infantil.

Los seis fugitivos estaban vestidos con ropa oscura o bien completamente negra para dificultar su detección durante la noche. Antes de llegar a la playa, todos esparcieron

abundante fango sobre sus rostros y manos con el mismo propósito.

—¡Aquí están las balsas! ¡Con todos los hierros! Si tienen suerte y sigue esta brisa del sur, en dos o tres días estarán en alguna parte de la Florida. ¡Por fin libres! ¡Cuánto les envidio, pero pronto llegará también mi turno! —afirmó Alberto.

—¿Qué distancia hemos de recorrer esta noche para estar a salvo? —preguntó Héctor mientras se preparaban los últimos detalles de las naves.

—Recuerden: la primera noche, para escapar de los guardacostas, la balsa ha de alejarse no menos de veinte millas. Durante el segundo día, deben recorrer alrededor de veinte o treinta más. ¡Tienen que andar con mucho cuidado, señores! —exclamó de pronto Alberto—. Eso está lleno de pescadores ñángaras que, si ven las balsas, podrían denunciarlos a las autoridades. Después de las primeras cincuenta o sesenta millas —añadió—, sólo Dios y la naturaleza podrán decidir si la travesía tendrá éxito o no.

Las dos balsas eran muy rudimentarias, fruto de una mezcla casi surrealista entre el ingenio y la desesperación. Una de las mismas, confeccionada con grandes neumáticos de tractor y de unos dos metros de diámetro, resultaba totalmente inapropiada para realizar un viaje semejante. Pretender navegar en ella era casi un suicidio en toda regla. No obstante, el ansia por huir del país hizo que sus tripulantes prefirieran aceptar cualquier tipo de riesgo con tal de cumplir su objetivo: llegar hasta las costas de los Estados Unidos. La otra embarcación, de unos tres metros de eslora, era un poco más grande y había sido construida con madera.

—Los meses de verano, y hasta antes de la llegada del frío del invierno, son los ideales para huir de Cuba en balsa. El mar está más calmado y el agua es ahora bien cálida. Este año hemos tenido muchos huracanes, pero si no hay uno, el tiempo es siempre apacible. Y ahora todo está tranquilo. No hay problema —afirmó Alberto con seguridad para calmar a todos.

Alberto, durante los cuatro meses de preparación, había explicado al grupo en repetidas ocasiones todos los detalles

respecto a cómo escapar de la isla. No obstante, este era el momento decisivo, así que decidió repetir las ideas esenciales una vez más para refrescarles la memoria y, además, distraerlos un poco de la creciente tensión. Él sabía muy bien que el nerviosismo que embargaba a los balseros en aquellos instantes podía hacerles olvidar cualquier cosa. Ni que decir tiene, el contenido de unas fugaces, esporádicas y furtivas clases de navegación básica.

—Ahora es el tiempo propicio, ya que se acerca la corriente del golfo que les arrastrará hasta la Florida. Además —prosiguió—, un día tranquilo como este es el mejor, ya que muchos pescadores cubanoamericanos saldrán a alta mar y podrían rescatarlos. Pero recuerden, tienen que dejarlos en la orilla y ustedes bajar y tocar tierra. Sino, los repatriarán. Es la ley. Si los guardacostas americanos los apresan en alta mar, estarán de vuelta en Cuba en un abrir y cerrar de ojos.

—¿No nos divisarán las patrullas de los guardacostas cubanos? —preguntó Héctor.

—Hermano, ¡qué quieres que te diga! —se encogió de hombros Alberto—. Ya sabes. En esto no hay garantías, pero al menos durante el verano hay más vapor flotando sobre el agua. Con vapor y sin luz de luna, los reflectores de las patrulleras apenas pueden distinguir nada sobre la superficie.

Algunos de los balseros, por razones de seguridad, ni se conocían. Alberto los había adiestrado en pequeños grupos y por separado. Demasiadas personas reunidas en cualquier casa hubieran despertado sospechas inmediatas. Por otro lado, y debido al mismo miedo a ser descubiertos, las clases siempre eran tan rápidas que, prácticamente, esta era la primera vez que los balseros hablaban con confianza entre sí sobre los peligros y las consecuencias de esta arriesgada aventura.

Héctor, como el resto del grupo, apenas podía ocultar su nerviosismo. Algo que procuraba calmar preguntando a Alberto cuantas cosas podía consciente de que muy pronto ya no tendría oportunidad para volver a hacerlo.

—Alberto, ¿sabes cuál es ahora la pena por intentar salir así de Cuba? —continuó indagando mientras su ros-

tro mostraba claramente la existencia de una extraña y dolorosa lucha en lo más profundo de su interior. Una pelea entre el miedo a lo que se avecinaba y la firme decisión de estar dispuesto a jugarse la vida sobre aquellas balsas, aunque fuera por tan sólo poder saborear la posibilidad de llegar a Miami.

—De dos a seis años en prisión. Bueno, ¡lo que les dé la gana! Acuérdate que ellos son la justicia y quienes escriben las leyes, pero ¡olvídate ahora de eso, chico!

—Es increíble. La gente sigue lanzándose a hacer esta locura. Año tras año. Hay que estar mal de la cabeza para hacer esto, ¿no te parece?

—Loco o muy desesperado.

—Desesperación. Has dado en el clavo. Sí. Esa es la palabra. Los cubanos la conocemos bien.

—Tranquilo, todo va a salir bien.

—Hermano, ya no hay vuelta atrás, así que qué mas da. Hablemos con franqueza. ¿Crees que tenemos posibilidades? —le dijo Héctor deseando con todas sus fuerzas escuchar una respuesta positiva.

—Sí. Claro. Sino, no les ayudaría. ¿Es que no escuchas por Radio Martí todos los que llegan?

—...pero, por desgracia, también hay muchos que se quedan en el camino, derrotados por la furia del mar o la de los tiburones.

—Es una decisión dura. Muy dura.

—Muchos lo han intentado dos y tres veces sin conseguirlo. He escuchado mil veces sus historias... Eso sí —apuntó consternado Héctor—, cantidad de balseros que son arrestados en el intento sufren tanto en el mar o bien después aquí en la cárcel que jamás se atreverían a repetir esta odisea.

—¡Te digo que no pienses en eso! ¿Es que no me escuchas? Su moral no puede comenzar a fallarles ahora. ¡Es lo más importante! —dijo enojado Alberto dirigiéndose ya a todos—. El que no quiera ir, todavía tiene tiempo para quedarse, pero, óiganme bien, quien no esté completamente convencido de que puede llegar, que no se suba a ninguna balsa. Sólo será un estorbo para los otros —añadió intentando contener su voz

lo máximo posible para no delatarse ante cualquier vigilante inesperado.

El grupo cayó, una vez más, en un profundo e incómodo silencio que, finalmente, fue roto por Alberto. El ex preso político habló esta vez como poseído de una energía superior. Consciente de que si no lograba infundir ánimos a sus balseiros en aquel preciso instante, el viaje podría concluir incluso antes de haberse iniciado.

—¡Además! ¿Sabes qué? —le dijo a Héctor.

—Dímelo —respondió este inquieto.

—También hay otra pena, pero esta por no intentar salir de aquí. La de estar condenado de por vida a pudrirte en una cárcel llamada Cuba junto a once millones más de reclusos. Aunque no estés encerrado en una celda, sabes que vives en una gigantesca prisión rodeada de un muro de mar por sus cuatro costados.

—Sí. ¡Hay que arriesgarse! ¡Tienes razón! —exclamó Héctor contagiado por el entusiasmo de Alberto e inyectándose al mismo tiempo a los otros.

—¡Claro! ¡Es mejor morir que no vivir como lo estamos haciendo aquí! —concluyó Alberto pareciendo haber sorteado con éxito ese imprevisto y delicado momento de flaqueza colectiva.

Acto seguido, todos retomaron sus labores para dejar listas las balsas. Nadie decidió abandonar el intento, de forma que la suerte parecía estar ya echada para los cubanos. Sin embargo, las conversaciones camufladas entre ocultos y tímidos susurros continuaron esporádicamente entre algunos de los balseiros. El temor aún estaba a flor de piel.

—Óyeme, amigo... —dijo a Héctor otro de los hombres, un tal Horacio—. Escuché que hace dos días encontraron el cuerpo de un balseiro en la zona de Nuevitás.

—Sí. Se encuentran casi cada día. Hay mucha gente en la cárcel por intentar salir de la isla en balsa.

—Yo no soy ningún valiente. Tengo miedo —confesó avergonzado Horacio.

—Todos tenemos miedo. Mejor dicho: pánico. ¿Es que no lo ves en nuestras caras?

—¿Es cierto lo que dicen? —preguntó Horacio mientras finalizaba de ensamblar una de las embarcaciones.

—¿Qué dicen?

—Que el balseiro del que te hablaba no murió en alta mar, sino que fue arrestado en su balsa, traído a tierra y después asesinado a golpes aquí. Vaya, que murió de una paliza en la playa y que, más tarde, los guardafronteras abandonaron su cuerpo en la arena robándole lo poco que tenía en sus bolsillos.

—Eso oí yo también. Todo su cuerpo, según me contaron, estaba lleno de golpes. Chico —apuntó resignado Héctor—, imagino que son los riesgos de embullarse en algo así. O ganas o pierdes. Blanco o negro. No hay punto intermedio.

—¡Hijos de puta!

—Eso, claro, nunca lo vas a ver publicado en el Granma junto a los discursos del Comité Central elogiando el paraíso socialista, pero no te preocupes. ¡Nosotros no tendremos ese fin! —dijo tajante Héctor mientras tensaba las últimas cuerdas y arandelas de las balsas.

Ninguno de los cubanos sabía con antelación en qué balsa viajaría, dónde habían sido escondidas las embarcaciones ni la playa exacta de la que saldrían. Todo ello, para protegerse a sí mismos en caso de que alguien fuera arrestado y confesase el intento de fuga. A pesar de eso, Alberto distribuyó a todos con rapidez y eficacia en las dos plataformas demostrando así la clara utilidad de las horas empleadas en la preparación de la huida.

En la playa de Cojímar había un potente reflector de la policía que iluminaba la costa para detectar a los balseiros. Cada quince o veinte minutos su luz se apagaba durante unos momentos y volvía a encenderse después intentando localizar por sorpresa a quienes pretendían salir ilegalmente de la isla.

—¡A veces pienso que no hay nadie mirando en ese maldito reflector y que sólo lo utilizan para asustar a la gente! —afirmó furioso Alberto.

—No te extrañe. Esos comunistas saben jugar muy bien con el cerebro de uno —agregó Héctor.

Las velas de las balsas habían sido confeccionadas con

trozos de lona o sacos de harina y ambas tripulaciones disponían de algunas agujas y un poco de hilo para, de ser necesario, poder reparar las telas durante la travesía.

Los mástiles no eran más que simples vigas de fino metal robadas de una obra en Trinidad mientras que varias planchas de madera procedentes de un antiguo armario del comedor de Horacio hacían las funciones de improvisadas quillas y timones para las dos naves.

—¡Adiós! ¡La noche es de los balseiros! ¡No se preocupen! ¡Todo les saldrá bien! ¡Vayan con Dios! —dijo Alberto al grupo mientras empujaba las balsas sigilosamente mar adentro—. ¡Nos encontraremos en Miami cuando pueda sacar a toda mi familia! ¡Tan pronto como mi hijo salga de la cárcel, subiremos a la primera balsa disponible! ¡Nos vemos en Miami!

—¡Me lo dices! ¡Puedes apostar por eso! ¡Adiós, hermano! —respondió otro de ellos dando un emotivo abrazo a Alberto antes de subir a su pequeña embarcación de caucho, que había sido atada con una cuerda a la de madera para evitar que ambas acabaran separándose—. ¡En Miami o en una Cuba libre! —finalizó con rabia.

8. UNA PROMESA

HÉCTOR FUE UBICADO en la balsa de madera junto a la chica, Marta Quesada, y al hermano de esta, Ricardo. Esa era la primera vez que los tres se veían. Ella tenía veintidós años y los dos hombres veintisiete.

Al cabo de unas dos horas de navegación, las luces de la isla se perdieron de vista. Ya se encontraban a varias millas de la costa y rodeados sólo de los sonidos propios de alta mar.

Cuando estuvieron seguros de que ninguna embarcación se hallaba cerca de ellos, los jóvenes cubanos, con la ayuda de una pequeña linterna, comenzaron a limpiarse el fango de sus caras y manos usando para ello el agua del océa-

no. También se cambiaron de ropa, poniéndose otra limpia.

—¿Crees que nos descubrirán? —preguntó Marta a su hermano visiblemente preocupada.

—No. El país no tiene suministros. No hay comida. No hay medicinas. No hay ropa. ¡No hay nada! —exclamó—. Para nuestra suerte, chica, tampoco hay mucho combustible y las lanchas guardafronteras salen mucho menos que antes.

—¡Espero que sea verdad! —añadió ella—. No soportaría regresar y que me metieran de nuevo en una prisión.

—No pienses en esas cosas. Eso no volverá a ocurrirte. Por eso nos estamos yendo de aquí —le dijo cariñosamente Ricardo mientras la rodeaba con sus brazos—. Tranquilízate y duerme.

—No puedo. Estoy muy intranquila. No sé qué haría si me cogen presa.

—No lo harán... no lo harán... Ni tú ni yo volveremos jamás a una cárcel por expresar nuestras ideas. ¿Me escuchas?

—¿Cómo lo sabes?

—Porque yo no lo voy a permitir. Quizás nos descubran en esta balsa, pero nunca nos detendrán de nuevo. Al menos, vivos —afirmó Ricardo palpando el bulto que sobresalía de uno de los bolsillos de su chaqueta.

—Dime que nunca nos encerrarán otra vez en ninguna prisión. ¡Prométemelo!

—Claro que no.

—¡No! ¡Prométemelo! Quiero escucharlo de tus labios.

—Te lo prometo.

—¡Nunca!

—Nunca. Si ocurre algo, haré lo que tenga que hacer... pero te aseguro que nunca más pasarás por una celda en Cuba. Si es necesario... si es necesario... —susurró Ricardo acariciando otra vez la empuñadura de su revólver.

—¡Sí! ¡Haz lo que tengas que hacer! —le interrumpió Marta sabiendo perfectamente a qué se refería su hermano—. Por favor, haz lo que sea, pero nunca permitas que esos salvajes me arresten de nuevo. Prefiero morir con dignidad antes que regresar a una cárcel.

—Tranquila, pequeña. Duérmete. No pasará nada.

—¡Nunca más quiero entrar en una celda!
—Nunca más lo harás. Nunca más... —repetió en voz baja Ricardo una y otra vez hasta que Marta recuperó cierta tranquilidad.

9. LAS RAZONES DE UNA HUÍDA

TODAVÍA DE NOCHE, y a medida que la desconfianza inicial iba derritiéndose, los tres cubanos comenzaron a hablar más entre ellos. La adversa situación les unía minuto a minuto y todos eran conscientes de que tenían que confiar ciegamente los unos en los otros para que aquella odisea tuviera ciertas posibilidades de concluir con éxito.

—Hay balseiros que prefieren hacer el trayecto solos. Yo creo que es un error. ¿No te parece? —preguntó Ricardo a Héctor procurando no hacer demasiado ruido ante la constante amenaza de ser escuchado por alguna embarcación cercana que pudiera delatarlos.

Las aguas estaban bastante tranquilas y la nave, básicamente, se movía gracias a las corrientes.

—Sí. Es mejor ir acompañado, así la gente puede darse ánimos. También es menos aburrido.

—Lástima que no hayamos podido conseguir una radio portátil.

—¡Me lo dices! En Miami hay varios grupos que envían constantemente a los balseiros información por radio sobre cómo orientarse por las estrellas para llegar hasta los Estados Unidos.

—¿Y tú? ¿Dejas familia en la isla? —preguntó de nuevo Ricardo a Héctor mientras Marta les servía dos tragos de ron para aplacar el ligero frío de la noche.

A veces algunas olas impedían que ambos pudieran beber. Cuando eso ocurría, esperaban con paciencia que pasaran y después seguían ingiriendo el licor.

—Toda. Yo no tengo a nadie fuera de Cuba. Sabrán que

me fui por la mañana, cuando se despierten.

—Es triste que no puedas ni despedirte de tu propia gente. Que tengas que huir a escondidas de tu mismo país.

—Los únicos que estaban al corriente de mis planes son dos amigos de toda la vida. La semana pasada, cuando era ya sólo cuestión de días el que me echara a la mar, tuvimos una fiesta clandestina de despedida en Santa Fe. Con ellos gasté en ron y comida los últimos pesos de mis escasos ahorros. ¡Cincuenta cocos! También les regalé todas mis cosas. Las fiestas de despedida son una costumbre muy arraigada entre los balseros. Yo he visto partir a muchos.

—Hay que tener cuidado con eso. Es muy arriesgado. ¡Tú mismo te delatas!

—Sí. Lo sé, pero, qué quieres que te diga. No pude resistirme. Posiblemente no los vea nunca más —dijo Héctor con melancolía en su rostro.

Ricardo no perdía de vista a su hermana. De pronto, se giró hacia ella y le brindó una sonrisa.

—¿No quieres un poco de ron?

—No, gracias. Más tarde —dijo Marta acomodándose una manta sobre su cuerpo.

La cubana no podía ocultar su nerviosismo. Ricardo, para dar cierta sensación de normalidad, siguió hablando con Héctor.

—¿Pertenece a alguna organización?

—No. Yo no soy político. La mayor parte de mi familia, tampoco. Nunca me interesó la política. Caí en la lucha contra el sistema no por convicciones ideológicas, sino por la ridícula situación que estamos viviendo en Cuba. Llegó un momento en que no pude más, protesté en la fábrica por la forma en que nos trataban y me encerraron. Después todo vino en cadena: hostigamientos, contactos con grupos opositores, más protestas, más prisión y, finalmente, aquí me tienes. Huyendo por la puerta de atrás de la tierra que me vio nacer y también dejando atrás a quienes más quiero en este mundo... —afirmó resentido Héctor mientras apretaba sus labios entre sí—. Pero, ¿y tú? —preguntó después a Ricardo pareciendo no querer recordar más las razones de su huida.

—Mi caso es distinto, chico. Mi familia está muy politizada. Siempre lo estuvo. Día tras día hemos sido tachados de contrarrevolucionarios. ¡Y no con poca razón! —exclamó de pronto Ricardo con una juguetona y satisfecha sonrisa.

—¡Odio! ¡Odio! ¡Eso es lo único que ha producido la revolución!

—Yo soy cristiano y no puedo desearle la muerte a nadie. A nadie, claro, excepto a los energúmenos comunistas. El acoso y la humillación han sido constantes para nosotros. Tanto mis padres como Marta y yo hemos pasado por la cárcel. ¡Es casi una tradición familiar! —dijo de nuevo Ricardo en voz alta con una orgullosa expresión en sus ojos—. Fue mi familia la que casi nos obligó a irnos.

—¿Van a Miami?

—Sí, pero yo sólo voy a dejar a Marta. Quiero que llegue a salvo. Tengo algunos contactos y voy a dedicarme por completo a la lucha por sacar al comunismo de Cuba. ¿Y tú? ¿No seguirás con la causa desde allí?

—Mira —le dijo Héctor a Ricardo mostrándole su oreja derecha, de la cual sólo quedaba la mitad—. ¿Ves esto?

—¿Un regalo del Partido?

—En efecto. Pasé seis meses en la prisión del Castillo del Príncipe y un año y medio más en la de La Cabaña. Allí me metieron desnudo en un pozo de castigo durante cuatro meses.

—¿Cómo es que la llamaban...? ¿Bondad revolucionaria...? —dijo irónico Ricardo.

—Sí. Exacto —suspiró con desprecio Héctor—. Durante los interrogatorios, escucha bien esto, los cabrones me clavaban la oreja en la pared. ¡Me clavaban la maldita oreja en la pared! ¿Oíste?

—¿De verdad ocurrió eso? —apuntó claramente sorprendido el hermano de Marta.

—¡Hombre! ¿Qué te piensas? ¿Que se me cayó sola?

—Perdóname... —se disculpó enseguida Ricardo—. ¡Qué salvajes!

—Dímelo a mí.

—Yo también he estado en prisión, pero nunca había escuchado nada así. ¡Es increíble!

—Tú sabes bien cómo es eso, hermano. Existen distintos tipos de cárceles, distintos tipos de guardianes y distintos tipos de prisioneros. Yo no tuve mucha suerte. Quisieron dar un ejemplo conmigo, pero esto no es nada comparado con lo que les ha tocado vivir a otros. En las cárceles de este país pasan cosas horribles de las que muchas veces nadie se entera. Ni siquiera los otros presos.

—¡Figúrate tú!

—Pasé días enteros sin poder dormir por estar con los pies de puntillas —prosiguió su relato Héctor—. Cuando, por fin, el cansancio pudo conmigo, me desplomé y parte de mi oreja se quedó pegada al muro. Un trofeo de guerra para los carceleros y una clara advertencia para los otros presos de lo que también les ocurriría a ellos si no respondían a cuanto se les preguntase. ¿Te parece a ti que no voy a devolverle esta pelota a la revolución en su misma cancha? Mira —prosiguió—, nunca creí que pudiese sentir odio por alguien, pero los comunistas... ¡los comunistas merecen que los despellejen vivos!

—¿Y por qué se ensañaron contigo de esa forma si dices que no eras un preso político?

—Una cosa es no ser un preso político y otra es ser un estúpido, vaya. Mi abuelo y mi padre me enseñaron que el peor defecto que puede tener un hombre es ser un cobarde y permitir que no lo respeten a uno. No tener dignidad. Pues bien: un carcelero me mentó la madre y yo le rompí todos los huesos de su socialista nariz.

—Sí. Sé de lo que me hablas.

—Sin embargo, la verdad es que ahora necesito algún tiempo libre para mí —afirmó Héctor cambiando de tema—. En Miami no tengo familia, así que lo primero será buscar un empleo y valerme por mí mismo. Después quiero una vida normal durante algún tiempo. Tengo el cerebro triturado y necesito algo de descanso. Pensar. Ordenar mis ideas, recuperarme. ¿Entiendes?

—Claro. Claro que te entiendo. Has sufrido mucho. Después de lo que te ocurrió, es un milagro que aún quieras saber algo de política.

—¿Y tú, Marta? ¿Qué piensas hacer? —dijo de pronto Héctor.

—¿Yo? —respondió sorprendida ante la pregunta, como si no hubiera pensado participar en la conversación.

—Sí. Tú —insistió Héctor.

—Bueno, aún no sé muy bien lo que quiero —susurró con timidez—. Sólo sé lo que no quiero: volver a Cuba.

—A una Cuba libre, sí. ¿No?

—¡No! Para mí, ese ya no es mi país. He sufrido tanto en Cuba que creo que, aún sin el comunismo allí, nunca podría regresar. Mis recuerdos son demasiado malos, tanto por lo que le han hecho a mi familia como a mí misma. ¡Prefiero ahogarme y fallecer aquí antes que vivir de nuevo en Cuba!

—Eres una persona de fuertes opiniones.

—¿Y quién no lo es en Cuba? He llegado a un punto de tal desesperación y agotamiento mental que ya no me importa para nada mi país. Me asusta ver en lo que se ha convertido la gente allí.

—Jamás hubiera podido imaginar lo que de verdad ocurre y se siente en la cárcel. Allí vi el lado más oscuro de las personas. La maldad personificada y frente a mí. Monstruos con uniforme cuya única función en la vida era golpearnos, rompernos los huesos y humillarnos. ¿Y por qué? ¡Por tener una opinión diferente a la suya! —exclamó Héctor—. ¿Puede haber alguien más ruin que el que encarcela a otro por simplemente pensar de otra forma? —agregó con rabia.

—La cárcel... —reflexionó la balsa como perdiéndose en el tiempo—. La verdad es que hay que haber sufrido en carne propia lo que es una celda para comprender bien el valor de la libertad. No hay nada más importante que vivir libre.

—Tienes razón. ¿Perdiste un amor? Puedes enamorarte otra vez. ¿Te quedaste sin salud? Muchas veces se recupera. ¿Te arruinaste? El dinero se puede conseguir de nuevo. Sin embargo, nadie podrá devolverte jamás el tiempo que robaron de tu vida. ¿No es cierto? —dijo Héctor.

—Y no sólo el tiempo —afirmó Marta—, sino también las cicatrices que te deja esa experiencia, ese dolor. Te conviertes en otro ser, en un extraño para ti mismo, cuando, a diario, te

ves obligado a presenciar tanto odio, crueldad y sufrimiento.

—Tienes que ser muy fuerte para no acabar loco.

—Héctor, por lo que dices, imagino que tú has visto cosas mucho peores, pero escucha esta pequeña historia —se animó Marta a seguir hablando—. Un día un coronel vino a ver a una de las compañeras de mi celda. Ambos habían combatido juntos en la Sierra Maestra, pero ella, tras el triunfo de la revolución, se reviró contra los comunistas acusándoles de traidores a la verdadera causa de la libertad. Como te puedes imaginar, la encerraron. Él, no sé por qué, disfrutaba visitando a sus viejos amigos de vez en cuando. Quizás para ridiculizarlos por haberlo abandonado. ¡Quién sabe lo que había en su cabeza!

—¿Y qué ocurrió?

—Ese día se pasó hablando con ella dos horas. En el tono más amable que te puedas imaginar. Como si, en el fondo, la respetase y no hubiera ningún resentimiento. Después se despidió cortésmente y se fue, pero, justo antes de salir de la galería, se giró y, con el peor cinismo que jamás vi en nadie, le dijo en voz alta... «Oye, por cierto, me olvidé de decirte que he ordenado que te incomuniquen en una celda de castigo durante dos meses. Quiero que reflexiones sobre tu gusanería. Quizás, con un poco de paciencia, todavía podamos convertirte en una buena compañera y camarada. Adiós». ¿Tú puedes creer eso? —prosiguió Marta—. ¿Cómo puede una persona convertirse en semejante animal? ¿Qué clase de sistema es ese?

—A lo mejor cambian las cosas... —dijo Héctor.

—Ya han cambiado en casi todo lo que antes era el mundo socialista menos en Cuba. De todas formas, yo me iría de aquí aunque el régimen se cayera mañana mismo —puntualizó la joven—. ¡Quiero olvidarlo todo! ¡Todo!

Héctor tragó con suavidad otro pequeño sorbo de ron y ofreció un vaso a Marta.

—¿Quieres ahora un poco?

—Bueno, gracias —aceptó esta.

—¿Por qué fuiste a prisión? —preguntó después Héctor Lara.

—Un vecino del CDR nos denunció porque escuchábamos Radio Martí.

Marta se refería a la radio del exilio que, financiada por el gobierno estadounidense, emitía su programación a Cuba desde Miami. Su estación hermana era TV Martí.

—Hacía tiempo que estaba tras de mí y sólo quería encontrar una buena excusa para mandarme a la cárcel —prosiguió la cubana—. Un día nos tendieron una trampa y, claro, caímos en ella. Yo era la única en el edificio que tenía una radio marca Selenia. Tú sabes, una de esas que venden ahora y que pueden captar Radio Martí. Las únicas con onda corta.

—¿Cuánto tiempo de condena?

—Un año y medio. Más de un año en prisión por escuchar Radio Martí. ¡Vamos! —estalló furiosa—. ¿Qué le pasa a este país? ¿Es que alguien me lo puede explicar?

—¿Cuáles fueron los cargos?

—Peligrosidad social y apoyo a actos contrarrevolucionarios. ¡Qué te parece! ¡Sólo se puede escuchar, ver y leer lo que ellos quieran! ¡Si viene de los Estados Unidos, te conviertes en el enemigo!

—¿Adónde te enviaron?

—Al castillo de San Severino, en Matanzas. Pero, oye, yo tuve suerte. A otras les han pasado cosas horribles en prisión. Ya sabes a qué me refiero... —dijo bajando su mirada—. En ese sentido me respetaron. No obstante, la humillación personal fue constante. ¡Terrible! Nos trataban como auténticas bestias. ¡No quiero ni pensar en eso!

—Comprendo. ¿Y en Miami? ¿Qué planes tienes?

—Yo soy maestra. Me gustaría dedicarme a eso.

—Ojalá que todos podamos regresar algún día a Cuba y vivir como verdaderas personas. ¡A una Cuba sin cárceles ni comunistas que nos metan en ellas! —sentenció Ricardo.

—¡Que así sea! —dijo Héctor chocando enérgicamente su vaso de ron contra el de Ricardo y el de Marta.